
HARLEQUIN
Deseo™
¿POR AMOR O POR
VENGANZA?
YVONNE LINDSAY



¿POR AMOR O POR VENGANZA?

YVONNE LINDSAY



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2015 Dolce Vita Trust
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
¿Por amor o por venganza?, n.º 2050 - julio 2015
Título original: The Wedding Bargain
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6803-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

–Nos hemos reunido aquí hoy para unir en matrimonio a Burton y Shanal…

La modulada voz del sacerdote resonó en la catedral, bañada por la luz del sol que se filtraba a través de las vidrieras.

Shanal, con el ramo de gardenias en la mano, se sintió ligeramente mareada. ¿Era eso lo que realmente quería? Volvió el rostro para mirar al novio. Burton Rogers, tan guapo, tan inteligente y de tanto éxito. Y tan rico. Era un buen tipo. No, era un hombre extraordinario. Le gustaba, le gustaba mucho.

Recordó lo que un año atrás le dijo a su mejor amigo, Ethan Masters: «Tienes la suerte de disfrutar de la clase de amor con la que sueña la mayoría de la gente. Me das envidia. Esa es la clase de amor que yo quiero cuando me case, si es que me caso. Porque te aseguro que no me conformaré con menos».

Unas palabras valientes pronunciadas antes de que su mundo se derrumbase, antes de decidir sacrificar la búsqueda del verdadero amor, antes de agarrarse a la oportunidad que se le presentaba de procurar seguridad económica para sus padres después de que sus vidas hubieran sido destruidas.

¿Era Burton el amor de su vida? No. ¿Había renunciado a su sueño? Sí.

Sus compañeros de trabajo en el laboratorio del Centro de Investigaciones Vitícolas la consideraron una mujer afortunada desde el día en que Burton, su jefe, se fijó en ella. Burton tenía fama de exigir excelencia en todo, y ella había encajado en esa categoría. Ella misma se había considerado afortunada cuando Burton le pidió la mano, lo que suponía una solución a todos sus problemas.

Todos los presentes en la ceremonia creían que aquel era el día más feliz de su vida. Todos menos la persona que había tratado de convencerla de que no se casara. Desvió la mirada, pero no logró divisar a Raif Masters, el primo de Ethan, entre los doscientos invitados, aunque sabía que estaba allí. Había sentido su presencia desde el momento en que comenzó a recorrer la nave de la iglesia acompañada de sus padres, su padre en silla de ruedas.

–Estas dos personas van a unir sus vidas…

Le zumbaron los oídos y se le encogió el pecho. El ramo de flores le tembló en las manos.

–Si alguien tiene alguna objeción a que Burton y Shanal se unan…

Shanal pensó en el amor que sus padres se habían profesado siempre. ¿Podría ser así entre Burton y ella?

–Sí –dijo Shanal con voz quebrada.

Burton se inclinó sonriente hacia ella.

–Cariño, no te toca hablar todavía.

Shanal dejó caer el ramo de flores al pie del altar y se sacó del dedo el anillo de compromiso, un solitario con un brillante de tres quilates. «Digno de una princesa», le había dicho Burton al deslizarlo en su dedo.

Shanal le ofreció el anillo.

–No puedo casarme contigo, Burton. Lo siento –dijo ella con voz ahogada.

Fue la primera vez que vio a su perfecto novio quedarse sin habla. Con perfectos modales, como siempre, aceptó el anillo automáticamente.

Shanal se dio media vuelta y se recogió la falda del vestido.

–Lo siento –dijo mirando a sus padres, que sentados en el banco en frente del altar la observaban estupefactos y preocupados.

Entonces, Shanal salió de la iglesia corriendo.

Raif Masters había asistido a la ceremonia como favor a Ethan, que estaba de luna de miel. Shanal Peat y Ethan eran amigos de toda la vida, por lo que a Shanal se la consideraba casi como parte de la familia Masters. Por lo tanto, era obligación que un miembro de la familia estuviera en al boda. Pero habría deseado que no le hubiera tocado a él.

Había estado a punto de levantarse al oír al sacerdote preguntar si alguien tenía objeciones respecto a ese matrimonio. Sí, él tenía objeciones. Pero Shanal le había dejado muy claro dos meses atrás que quería que se callara. No había querido escucharle al advertirle que Burton Rogers no era un hombre con el que debiera casarse. Pero, en lo que a Rogers se refería, Shanal había estado ciega, cosa que a Rogers le había venido muy bien.

Incluso antes de los peores momentos entre Burton y él, se había visto en situaciones en las que le habría gustado dar un puñetazo a ese arrogante rostro.

Pero Ethan había insistido en que fuera a la boda, recordándole que con todo lo que estaba pasando con los viñedos y el complejo turístico de la familia, era el único que estaba libre para asistir a la ceremonia. Y aunque había cedido, le había hecho sentirse físicamente mal presenciar que Shanal uniera su vida a un hombre que solo vivía para una cosa: conseguir que su vida fuera perfecta a costa de todo y de todos.

Raif consideraba a Burton responsable de la muerte de su antigua novia, Laurel Hollis, a pesar de lo que el médico forense hubiera dicho. Rogers había logrado que nadie le culpara de nada en el accidente de barranquismo en el que Laurel había muerto. Y aunque él no había presenciado el accidente, estaba convencido de que había algo más de lo que se había dado por hecho… y tampoco había dejado de investigar el suceso.

Sin embargo, de momento, tenía que permanecer ahí sentado viendo a la mujer a la que había deseado desde la infancia casarse con un hombre que ni le gustaba ni en quien confiaba.

Tres años menor que ella y desde que se conocieron quince años atrás,

su relación con Shanal siempre había sido complicada. Y aunque nunca habían intimado, sentía afecto por Shandal y quería que fuera feliz.

Con eso en mente, Raif había ido a verla al poco de que se anunciara su compromiso con Burton Rogers. No creía que Burton fuera capaz de hacer feliz a ninguna mujer, y había ido a decírselo. Pero no había servido de nada. Una vez que Shandal se hubo sobrepuesto de la sorpresa de su inesperada visita, le había dicho que estaba perdiendo el tiempo si pensaba que iba a hacerla cambiar de idea respecto a casarse con su jefe. En realidad, le había dicho que la dejara en paz. Y eso era lo que él había hecho.

Ahora, en la catedral, la incredulidad paralizaba a todos los presentes, incluido él.

Se puso en movimiento al verla salir por las puertas de la catedral. Raif salió en pos de ella y la dio alcance en los jardines al otro lado de la calle, enfrente de la catedral. Shanal había dejado de correr, respiraba con dificultad y su cutis moreno se veía pálido y cetrino. La condujo rápidamente a un banco y la hizo bajar la cabeza para evitar que se desmayara.

–Respira hondo y despacio. Vamos, tranquila, respira –le dijo a Shanal al tiempo que le cubría los desnudos hombros con su chaqueta. En julio en Adelaide no hacía calor, y vestida así Shanal se iba a congelar.

–Yo… tenía que salir de ahí –dijo ella jadeando.

Le sorprendió lo angustiada que Shanal parecía. Ella, que era la calma en persona. Nada la hacía perder la compostura, excepto aquella vez que él le metió una serpiente pitón en el bolso cuando tenía quince años.

–No hables, respira. Vamos, tranquila, no pasa nada.

–Sí que pasa –dijo ella casi con pánico.

–Ya verás como todo se arregla –insistió Raif.

Pero al momento le vino a la mente el semblante de Burton cuando ella le dejó plantado delante del altar. Shanal no le había visto el rostro, menos mal.

Hacía mucho que Raif se había dado cuenta de la avaricia desmedida de Burton, siempre el mejor y lo mejor para él al precio que fuera. Y aunque hacía tres años que no tenía nada que ver con él, sabía que Burton Rogers no soportaba que le dejaran en ridículo.

Shanal se incorporó en el banco y tiró el velo de novia y el ramo de flores al suelo. Después, se volvió hacia él y le agarró ambas manos con las suyas, que estaban heladas.

–Llévame lejos de aquí –le imploró Shanal–. Llévame lejos de aquí ahora mismo.

–¿Estás segura de que eso es lo que quieres? –preguntó Raif sorprendido.

–Sí, por favor, por favor –continuó suplicando ella. Y unas lágrimas asomaron a sus ojos verdes.

Esas lágrimas pudieron con él. Pero tenía el Maserati a unas cuantas manzanas de distancia y ya había gente que había salido de la catedral. Shanal y él nunca llegarían hasta el coche sin que alguien les diera alcance y, cuando eso ocurriera, Shanal se vería obligada a dar todo tipo de explicaciones.

En ese momento, un taxi dio la vuelta a la esquina. Al verlo, Raif agarró la pequeña mano de Shanal y la hizo ponerse en pie.

–Vamos –dijo Raif tirando de ella al tiempo que alzaba la mano para llamar al taxi.

El taxi se detuvo y Raif, después de abrir la portezuela, hizo entrar a Shanal. Después de acomodarse en el asiento, le dio al taxista la dirección de su casa.

Shanal, sentada a su lado, seguía pálida pero tenía mejor color cuando el taxi se puso en marcha. Él lanzó una mirada por la ventanilla y vio ya más gente a la entrada de la catedral. En medio de todos estaba Burton, con los ojos fijos en el taxi. No parecía muy contento.

Raif volvió la cabeza. Shanal y él guardaron silencio durante los cuarenta y cinco minutos de trayecto hasta su casa. En todo ese tiempo, el móvil que llevaba en el bolsillo no dejó de vibrar. Sabía quién era la persona que le estaba llamando, pero no tenía intención de contestar.

–¿Por qué hemos venido aquí? –preguntó Shanal en el momento en que el taxi les dejó delante de la casa de Raif, al borde de los viñedos de la familia–. Este va a ser el primer sitio al que acudirá, ¿no crees? Ha debido vernos juntos en el taxi.

Raif arqueó las cejas.

–No se me ha ocurrido pensar que nos estuviéramos escondiendo de él. ¿Por qué no quieres que sepas dónde estás? ¿No te parece que deberías hablar con él?

Shanal se estremeció.

–No, no puedo. Yo… no puedo.

Raif abrió la puerta de su casa e indicó a Shanal que pasara. Si Shanal necesitaba estar lejos de Burton, lo menos que él podía hacer era ofrecerle su casa para que descansara antes de que se marchara a… adonde fuera que iba a ir.

–¿Te apetece beber algo?

–Un poco de agua. Gracias.

Shanal le siguió hasta la cocina americana. Allí, él sacó una botella de agua del refrigerador, le sirvió un vaso y se lo dio.

–Gracias –dijo Shanal después de beber, y dejó el vaso en la encimera de granito–. Y ahora dime, ¿adónde me vas a llevar? No podemos quedarnos aquí.

¿Llevarla? ¿Por qué pensaba que él la iba a llevar a algún sitio? Shanal le había pedido que la sacara de donde estaba y eso era lo que él había hecho. Punto. No era que no quisiera ayudarla, pero Shanal siempre se había mostrado distante con él.

Al parecer, Shanal se dio cuenta de lo que él estaba pensando.

–Perdona, lo que he querido decir es si… si no podrías ayudarme un poco más. Me encuentro en un callejón sin salida.

Shanal tenía razón. Necesitaba otra ropa que no fuera ese vestido y ni siquiera tenía un bolso ni la cartera.

Raif se la quedó mirando. En el semblante de Shanal se notaba una fuerte tensión, y sus ojos parecían los de un animal acorralado. Y aunque no era su problema, pensó en qué podría hacer para ayudarla.

Maldito Ethan, había elegido el peor momento para casarse con Isobel e irse de viaje de novios.

De repente, una sonrisa asomó a sus labios. Se le había ocurrido una brillante idea.

–¿Qué tal un crucero?

–¿Un crucero? –repitió Shanal sin ocultar su sorpresa.

–Sí, en una embarcación fluvial. Un amigo mío acaba de cambiar los motores y arreglar sus barcazas. Hace poco se estaba quejando de no tener tiempo para poner a punto los motores antes de llevarlos corriente arriba del río Murria. En mi opinión, no te vendría mal un viaje lento y tranquilo por el río; y, además, le harías un favor a Mac con la puesta a punto del motor.

–¿Cuándo podríamos marcharnos?

–¿Lo dices en serio? ¿De verdad quieres hacer eso?

Shanal asintió.

–Déjame que haga una llamada.

Raif se marchó de la zona de estar y fue a su despacho, al otro lado del vestíbulo. Miró su móvil. Sí, tenía varios mensajes, todos ellos de la misma persona, Burton Rogers. Los borró sin oírlos. Frunció el ceño al ver el número del teléfono de los padres de Shanal. Tendría que llamarles para decirles que Shanal estaba bien, pero antes iba a hablar con su amigo.

Raif agarró la tarjeta que su amigo le había dado la última vez que se habían estado juntos y marcó el número de teléfono.

Unos minutos más tarde todo estaba arreglado.

Al volver a la zona de estar, encontró a Shanal de pie delante de las puertas de cristal con vistas a los viñedos. Se había quitado la chaqueta del traje de él y se había soltado el cabello, que le caía por la espalda como un ondulado río de seda negra. Deseó acariciárselo. «Estúpido», se dijo. Esa mujer no había dejado de atraerle desde la adolescencia, pero sabía que era mejor no hacer nada. La misma Shanal se lo había dejado claro doce años atrás.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó él.

Shanal suspiró y después sacudió la cabeza.

–No, no me encuentro nada bien. Creo que jamás volveré a estar bien.

–Ya verás como sí. He hablado con Mac y nos deja el barco. Podrás tomarte el tiempo que necesites para relajarte. Ya verás como te sienta bien el viaje. Dispondrás de tiempo para pensar y, a la vuelta, podrás enfocar los problemas con más objetividad.

Shanal esbozó una leve sonrisa.

–No creo que la objetividad me sirva para solucionar mis problemas. De todos modos, gracias por tu ayuda. Dime, ¿cuándo podemos irnos? Por mí, cuanto antes mejor.

Raif reflexionó unos segundos. Les llevaría una hora en coche hasta Mannum, donde Mac tenía la casa flotante esperándoles.

–Necesito cambiarme de ropa primero. ¿Quieres que mire a ver si Cathleen se ha dejado algo de ropa aquí? Luego, por el camino, podríamos parar para que puedas comprarte algo de ropa.

Su hermana menor se había quedado en su casa durante un viaje que él

había hecho a Francia. A Cathleen le encantaba vivir con el resto de la familia en The Masters, pero él se había construido la casa en el límite del viñedo más antiguo de la familia en vez de tomar posesión de una de las habitaciones de la casa familiar.

–Sí, gracias –respondió Shanal tirándose de la falda del vestido de novia–. Quiero quitarme esto cuanto antes. Llama demasiado la atención, ¿no te parece?

A Raif le alegró que Shanal no hubiera perdido el sentido del humor.

–Sí, un poco –concedió él con una sonrisa–. Venga, vamos a ver si encontramos algo.

Recorrieron el pasillo en dirección a la zona destinada a los huéspedes y entraron en la habitación que Cathleen había ocupado. Al abrir el armario, se alegró por primera vez de que su hermana hubiera dejado parte de sus cosas allí: unos vaqueros y unas camisetas dobladas en una estantería del armario; una chaqueta colgando de una percha e incluso un par de zapatillas deportivas en una caja en el suelo del armario.

–Tenéis la misma talla, ¿verdad? –dijo él señalando las prendas del armario.

–Más o menos –Shanal asintió al tiempo que agarraba los vaqueros y una camiseta de manga larga y dejaba las prendas encima de la cama–. Pero aunque no sean mi talla exacta, lo prefiero a este vestido. ¿Podrías ayudarme a quitármelo? Los botones son tan pequeños que no puedo desabrocharlos sola.

Raif tragó saliva al sentir la boca seca repentinamente. ¿Ayudarla a desnudarse? ¡Pero si llevaba soñando con un momento así desde que tenía quince años! Cerró la puerta a sus libidinosos pensamientos. No era ni el momento ni el lugar. Lo que Shanal necesitaba era un amigo, nada más. Y, desde luego, no quería ninguna otra cosa de él.

Shanal se volvió de espaldas a Raif y se alzó la melena a un lado. La fragancia de Shanal le sobrecogió. Le hizo inhalar profundamente y tuvo que controlar el impulso de respirar por la boca. No, Shanal no era suya, se recordó a sí mismo.

Shanal acababa de dejar al hombre con el que iba a haberse casado, pero eso no le permitía aprovecharse de la situación. Por el motivo que fuera, Shanal había dejado plantado a su novio en el último momento y estaba nerviosa y disgustada. Lo que menos necesitaba en el mundo era que un tipo al que había rechazado una docena de veces se le insinuara.

Capítulo Dos

Shanal cerró la puerta del baño, se quitó el vestido de novia y lo dejó caer al suelo. Se estremeció. El frío le calaba hasta los huesos.

Con rapidez, se puso los vaqueros y metió tripa para subirse la cremallera. Cathleen era más delgada que ella. Inmediatamente se puso la camiseta, sin preocuparse de cómo le quedaba. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Se sentía perdida. Le costaba creer lo que acababa de hacer: escapar de todo y de todos.

Burton debía estar furioso. Con razón. Burton y ella habían llegado a un acuerdo y sabía que Burton no soportaba que se desbarataran sus planes, mucho menos que le humillaran en una catedral delante de todos sus amigos y conocidos.

Por supuesto, no creía que Burton fuera a hacerle daño físicamente, eso no era propio de él. Pero ¿cómo iba a explicarle a un hombre, sobre todo un a hombre que, en apariencia, era el sueño de toda mujer, que ya no quería casarse con él? Lo único que sabía era que no podía hacerlo. Necesitaba tranquilidad y tiempo para pensar en cómo superar la situación que ella misma había creado.

Otro temblor le recorrió el cuerpo. Respirando con dificultad, cerró los ojos y trató de calmarse. Cuando se encontró mejor, intentó pensar con lógica, la misma lógica con la que había sopesado la proposición de matrimonio de Burton y que le había llevado a aceptarla a pesar de ser consciente de que no le amaba.

La angustia volvió a apoderarse de ella. No, no podía pensar, estaba a punto de un ataque de nervios. Las dos personas que dependían de ella, sus padres, debían estar muy preocupados. Aparte de los costes médicos que conllevaba la enfermad de su padre, en pocos meses tendrían dificultades incluso para cubrir los gastos de comida. La vida de sus padres iba a verse afectada por lo que había hecho. Pero encontraría una solución, no le quedaba otro remedio.

Y quizá no le costara tanto, quizá lo estuviera viendo todo muy negro debido a la tensión. Lo que necesitaba era marcharse de allí y tomar perspectiva. Raif le había ofrecido ambas cosas sin hacerle preguntas.

¿Por qué? ¿Lo hacía porque quería ayudarla simplemente o porque quería hacerle daño a Burton? Raif había ido a verla a casa de sus padres tres meses atrás, justo después de que se anunciara su compromiso con Burton. Había ido para aconsejarle que no se casara con Burton. Ella le había dejado muy claro que la boda se iba a celebrar pasara lo que pasara y le había echado de la casa sin escucharle. Sabía que Raif no soportaba a Burton, aunque desconocía el motivo, y había supuesto que era por eso

por lo que había ido a verla.

Los ojos le escocieron. Debía dejar de darle vueltas al asunto. En esos momentos, le encantaría meterse en la cama, dormir y no despertar en una semana. Pero, con un esfuerzo, se puso un par de calcetines y las zapatillas de deporte de Cathleen.

Al mirarse en el espejo le pareció estar viendo a una desconocida. Normalmente no se maquillaba, pero Burton había insistido en que lo hiciera y ella, al final, había cedido. ¿Habría sido siempre así de haberse casado con Burton, las decisiones de él imponiéndose a las suyas, sofocándola, transformándola en otra persona?

Shanal abrió el grifo y se lavó la cara. En ese momento oyó unos golpes en la puerta.

–¿Estás bien? –le preguntó Raif desde el otro lado de la puerta.

–Puedes entrar –respondió Shanal.

Raif entró en el baño y ella se fijó en los usados vaqueros que se había puesto y en el suéter azul marino. El tejido de lana se ceñía sobre sus hombros.

–Deberíamos marcharnos ya. De camino pararemos para que te compres ropa interior, champú, jabón y esas cosas.

Shanal asintió. Era un alivio dejar que alguien se encargara de ella.

Shanal salió de la habitación detrás de él sin siquiera una última mirada al montón de tul que había dejado en el suelo del cuarto de baño.

–Tengo que llamar a mis padres para decirles que estoy bien, que no se preocupen –dijo Shanal cuando llegaron a la puerta del garaje.

–Ya lo he hecho yo –le informó Raif–. Te han mandado besos.

¿Sería cierto? Después de todo, había destrozado sus expectativas de futuro. Ya no obtendría el dinero que Burton le había prometido cuando se celebrara la boda, y lo más posible era que también hubiera perdido su trabajo.

–¿Cómo están mis padres?

–Estaban preocupados por ti. Pero después de decirles que yo estaba contigo y que me encargaría de ti, se han tranquilizado.

Shanal se tragó un sollozo y Raif se dio cuenta, porque añadió:

–Vamos, Shanal, ya verás como todo se arregla. Has hecho lo que debías hacer.

¿Había hecho lo que debía o simplemente había destruido el futuro de sus padres y también el suyo?

Raif le abrió la puerta del todoterreno y ella se subió al vehículo, rodeó el coche y se sentó al volante.

–Mac está aprovisionando la barcaza con todo lo que puedas necesitar para pasar ahí una semana por lo menos.

–Te pagaré, Raif. Te lo prometo –dijo Shanal con voz quebrada.

–No te preocupes por eso –respondió él–. ¿Por qué no echas hacia atrás el respaldo del asiento y cierras los ojos? Se te ve muy cansada. Intenta dormir un rato.

Shanal hizo lo que Raif acababa de sugerirle, pero la preocupación no le permitió dormir. Oyó la conversación de Raif con Cade, su hermano, menor, al que pidió que fuera a recoger el coche que había dejado

aparcado cerca de la catedral. Se sentía culpable por todo lo que Raif había hecho por ella aquel día. Y ahora, además, iba a llevarla a Mannum.

A pesar de que nunca le había tratado muy bien, Raif parecía dispuesto a hacer lo que fuera por ayudarla. Raif, un hombre al que conocía muy poco. Cuando cortó la comunicación, encendió la radio y buscó una emisora de música clásica, a Shanal le sorprendió, había imaginado que a Raif le gustaría el rock o el pop.

Sin embargo, ¿qué sabía ella de Raif, aparte de que era el mejor amigo de su primo? Le conocía de haberle visto en las fiestas de la familia Masters a las que Ethan siempre la había invitado. Pero como Raif era tres años menor que ella, le había parecido siempre un niño.

En la adolescencia había notado que le gustaba a Raif, pero no le había dado la menor importancia. Y había seguido considerándole un niño…

Hasta ahora. Ahora acababa de darse cuenta de que Raif era un hombre. Un hombre con el que podía contar.

Shanal abrió los ojos y lo observó mientras conducía. Era algo más delgado que Ethan, pero se parecían mucho. Alto, un metro ochenta y algo, cabello oscuro peinado hacia atrás, ojos azules penetrantes y, como todos los miembros de la familia Masters, muy atractivo. Siempre moreno por trabajar al aire libre en los viñedos de la familia. Y de él emanaba siempre una energía apenas contenida.

La espontaneidad de Raif era uno de los motivos por los que había continuado pensando en él como en el niño de antaño: impulsivo, atolondrado y dado a actuar sin pensar en las consecuencias. ¿Qué era lo que Ethan había dicho de Raif en varias ocasiones? Ah, sí, que era la clase de persona que saltaba sin saber si abajo había red. Raif no le había preguntado por qué se había negado a casarse, simplemente la había ayudado al pedírselo.

De no ser por él, no sabía qué habría hecho. No era impulsiva, nunca lo había sido, siempre pensaba antes de actuar. Pero ese día… Había salido corriendo de la catedral sin saber adónde ir ni qué hacer. Por suerte, Raif había salido detrás de ella y había tomado el control de la situación.

Comenzó a caer una leve lluvia y Raif puso en marcha el limpiaparabrisas. Shanal volvió a cerrar los ojos y, sin darse cuenta, se durmió.

Cuando despertó, se encontró sola en el coche. Miró a su alrededor sin saber dónde estaba. Entonces vio a Raif saliendo de una pequeña tienda al otro lado de la carretera. Al entrar en el coche, le dio una bolsa de plástico.

–No quería despertarte, así que… espero que sea tu talla.

Shanal abrió la bolsa y vio un paquete con seis bragas de colores y artículos de baño. Enrojeció al instante.

–Gracias, creo que es mi talla. Y gracias otra vez por ayudarme hoy. No sé qué habría hecho sin ti.

Una intensa emoción se apoderó de ella y, al momento, la mano de Raif se cerró sobre la suya. Un sorprendente cosquilleo le hizo apartar la mano y Raif le lanzó una seria mirada.

–De nada –respondió él con calma–. ¿Tienes hambre?

–De momento, no. ¿Y tú?

–Puedo esperar –respondió Raif tranquilamente. Y, después de encender el motor, puso en marcha el coche.

–¿Estamos muy lejos del río? –preguntó Shanal.

–No, a unos diez minutos solo.

Al poco rato llegaron al puerto deportivo. Había dejado de llover, pero corría un viento fresco. Shanal se abrazó a sí misma al salir del vehículo. Debería haber tomado la chaqueta de Cathleen.

–Toma, ponte esto.

Shanal aceptó el plumífero que Raif agarró de la parte trasera del coche y se lo puso. Después, le siguió hasta el muelle, donde un hombre les esperaba.

–Hola, Mac. Esta es mi amiga Shanal.

Mac asintió en su dirección.

–Sube al barco y te explicaré cómo funciona todo.

A Shanal le sorprendió el lujo del interior de aquella casa flotante. El barco, al parecer uno de los más pequeños de Mac, contaba con tres dormitorios y era más grande que el apartamento que ella había alquilado en Adelaida antes de volver a casa de sus padres. De hecho, eran similares, la mayor diferencia era que había un timón cerca de la zona de estar.

–¿Has pilotado alguna vez esta clase de barcos? –le preguntó Mac.

–No, pero estoy segura de que Raif me enseñará.

–Será mejor que te enseñe Mac –interpuso Raif–. Él te dirá qué hacer cuando te encuentres en medio del río.

Shanal notó que Raif no había utilizado la primera persona del plural, lo que le provocó un repentino pánico.

–¿No vas a venir conmigo?

–Discúlpanos un momento –le dijo Raif a Mac antes de llevar a Shanal a cubierta.

La sintió temblar y eso le impactó.

–Vamos, siéntate –le dijo a Shanal indicándole una de las sillas de hierro.

Raif se puso de cuclillas delante de ella y le tomó ambas manos, que estaban heladas.

–Yo creía que te ibas a quedar conmigo. No me vas a dejar ahora, ¿verdad? –susurró Shanal.

Raif la miró fijamente. La mirada verde de Shanal era suplicante. No, no había tenido intención de ir con ella, no se le había pasado por la cabeza que fuera eso lo que Shanal quería. Lo único que él había hecho era ayudarla a salir de una mala situación y organizar el escape que ella necesitaba.

¿Por qué quería Shanal que él se quedara con ella? ¿Por qué quería la compañía de un hombre cuando acababa de dejar a su novio plantado a los pies del altar?

–Perdóname, Raif. Ya sé que, después de todo lo que has hecho por mí, te estoy pidiendo demasiado. Es solo que… –Shanal se interrumpió y su

mirada se perdió en el río.

–¿Es solo que qué?

–No quiero estar sola, Raif –respondió ella en un susurro.

Le conmovió la vulnerabilidad que notó en ella y se sorprendió cuando Shanal le apretó las manos con fuerza.

–Tienes una bolsa con tus cosas, ¿no? Raif, por favor… Ya sé que es mucho pedir, pero necesito estar con alguien en quien confío.

¿Shanal confiaba en él? Le habría gustado poder decir lo mismo de ella; pero, desgraciadamente, no se fiaba de Shanal. Había tenido tiempo para pensar durante el trayecto. Shanal no había querido escucharle cuando fue a advertirle de que no se casara con Burton, y jamás había tenido en cuenta sus sentimientos. ¿Qué la había hecho cambiar?

Consideró la súplica de ella. No estaba preparado para quedarse con ella; sin embargo, ¿qué mal podía hacerle? Lo bueno que tenía el trabajo en los viñedos era que en invierno había poco que hacer, por lo que podía permitirse el lujo de tomarse una semana de vacaciones para ayudar a Shanal a recuperarse para poder volver enfrentarse al mundo. Además, el barco tenía tres dormitorios.

Notó que Mac les miraba de vez en cuando desde el interior. Debía estar cansado de esperar.

Raif tenía que tomar una decisión. Sabía qué decisión tomaría Ethan en su lugar, y qué esperaría que hiciera él.

–Está bien, me quedaré contigo –declaró Raif por fin.

Un gran alivio la sobrecogió.

–Gracias. Te debo…

Raif se apartó de ella y se puso en pie.

–No me debes nada.

El distanciamiento de Raif fue como una bofetada. Shanal se llevó la mano a la garganta mientras Raif se dirigía al interior de la barcaza. Qué desastre. ¿Se estaba arrepintiendo Raif de haberla ayudado? De ser así, no podía echárselo en cara. Una cosa era ayudarla a escapar de la catedral y otra muy distinta acompañarla en aquel viaje. Estaba exigiendo demasiado a una persona con la que nunca había tenido una relación profunda.

Consciente de gustarle, siempre había mantenido una cierta distancia con él, intencionadamente, para no dar pie a falsas expectativas. Le había parecido que, a largo plazo, era lo mejor para él… y también para ella. Desde que Raif dejara atrás la adolescencia y se convirtiera en un hombre, algo en él la había hecho sentirse incómoda: demasiado consciente de sí misma y de la reacción de su cuerpo ante la presencia de Raif.

Y ahora iban a pasar unos días juntos y a solas en aquella embarcación. Lo que le hizo preguntarse si pedirle que se quedara no había sido un error.

Aunque Mac y Raif estaban en el interior, pudo oír la grave voz de Raif hablando con su amigo. Al cabo de un momento, los dos hombres se abrazaron y Mac desembarcó.

Raif se puso al timón y puso en marcha el motor. Mac agitó la mano

como despedida desde el muelle.

Cuando el barco comenzó a desplazarse por las turbias aguas del río, Shanal comenzó a relajarse. Entonces, se puso en pie y fue adentro.

–Me siento culpable por haberte hecho interrumpir tu vida –dijo ella mirando a Raif a los ojos.

Raif encogió sus anchos hombros.

–No te preocupes. Le diré a mi familia que voy a estar unos días fuera, nada más. No tenía nada importante que hacer en estos momentos.

Shanal se dio cuenta, por la forma como le había hablado Raif, que solo la consideraba la causa de una leve irritación.

–Supongo que te habrás preguntado por qué me he negado a casarme.

Raif volvió a encoger los hombros.

–Eso no es asunto mío.

Shanal buscó las palabras para empezar a contarle. A explicarle la repentina sensación de ahogo y el miedo que se habían apoderado de ella de pie ante el altar mientras escuchaba al sacerdote.

Como esposa de Burton, habría seguido inmersa en sus proyectos de investigación y habría logrado el puesto que llevaba años queriendo ocupar. Durante las negociaciones del acuerdo prenupcial, un documento en virtud del cual se la hacía directora del departamento de investigación de la empresa y se la hacía receptora de una importante cantidad de dinero al celebrarse la boda, solo había tenido una idea en la cabeza: seguridad. No felicidad ni amor, solo la seguridad y la tranquilidad que le había procurado saber que, por fin, iba a poder cuidar de sus padres.

En aquellos momentos le había parecido un trato ventajoso: seguridad económica para sus padres y seguridad en el trabajo para ella a cambio de casarse con un hombre guapo y rico al que, simplemente, no amaba. Pero había pensado que el amor, quizá, vendría después, con el tiempo.

Burton le había dejado muy claro desde el primer momento que le gustaba. Habían salido juntos alguna vez que otra; aunque no en serio, había creído ella. Pero Burton la había sorprendido proponiéndole matrimonio. Ella, que no le amaba, le había dado largas, temiendo que si le rechazaba de plano sus posibilidades de ascender en Burton International se verían frustradas. Entonces, un día su madre habló con ella y le explicó la terrible situación en la que su padre se encontraba.

Shanal había estado al corriente de la denuncia a su padre por negligencia médica cinco años atrás, lo que le había costado mucho dinero. Su padre, un hombre orgulloso, sobre todo en lo referente a su reputación como médico, había ocultado los primeros síntomas de una enfermedad de la motoneurona y, debido a ello, uno de sus pacientes había fallecido. Tras el trágico incidente, su padre se había visto obligado a dejar su consulta de enfermedades cardiovasculares. Nadie quería un cirujano con una musculatura que se debilitaba progresivamente y dado a sufrir inesperados tics nerviosos. Y, por supuesto, nadie iba a acudir a la consulta de un médico cuyo orgullo había costado la vida de una persona.

El seguro de su padre había cubierto parte de la sanción económica que le habían impuesto. Pero, consumido por un profundo sentimiento de culpa y con dinero atado en inversiones a largo plazo, su padre había

pedido un préstamo con el fin de pagar por entero la indemnización a la familia del difunto. Había avalado el préstamo con su casa, aunque seguro de que podría devolver el préstamo con el dinero de sus inversiones, pero fue entonces cuando descubrió el estado de estas.

Un amigo suyo del colegio tenía una empresa financiera. Un amigo que, desgraciadamente, era un estafador. Sus padres habían perdido hasta el último dólar que habían invertido y ella había tenido que dejar el piso en el que vivía para irse a vivir con sus padres y ayudarles económicamente.

Aunque cobraba un buen salario y tenía algunos ahorros, era consciente de que no bastaba para que los tres subsistieran. Durante un tiempo habían podido ir pagando la deuda del préstamo y vivir; sin embargo, los gastos habían aumentado más allá de sus posibilidades, sobre todo con el avance de la enfermedad de su padre y el incremento de los cuidados que requería.

En un momento de debilidad, le había confesado a Burton sus preocupaciones. Burton, inmediatamente, había vuelto a proponerle matrimonio y se había ofrecido a ayudarla a solucionar la situación. Para empezar, iba a pagar la hipoteca de sus padres; después, al celebrarse la boda, iba a donarles una considerable cantidad de dinero que solucionaría todos sus problemas económicos. Y ella se había creído capaz de asumir las consecuencias.

La realidad, sin embargo, había resultado ser una desagradable sorpresa. Después de acceder a ser la esposa de él, Burton había asumido muchas más responsabilidades que pagar la hipoteca de sus padres. Y un sobrecogedor sentimiento de pérdida de autoestima se había apoderado de ella delante del altar.

Shanal cerró los ojos en un intento por olvidarse de ello.

Al abrirlos de nuevo, sorprendió a Raif mirándola fijamente con esa mirada azul penetrante. Le dio la sensación de que Raif podía leerle el pensamiento, aunque sin poder adivinar el tormento que sufría. Deseó verse libre de esa mirada y decidió hacer algo, cualquier cosa que la ayudara a escapar de los ojos de Raif.

–Voy a preparar un café, ¿te parece? –dijo Shanal con voz engañosamente alegre.

–Buena idea. Lo tomo solo.

Shanal fue a la zona de cocina y encontró con facilidad todo lo que necesitaba para hacer café.

–¿Hace mucho que conoces a Mac? –preguntó ella, decidida a llenar el silencio.

–Unos cinco años.

Shanal esperó a que Raif se explayara, pero en vano.

–¿Cómo os conocisteis? –continuó ella.

–Haciendo paracaidismo y barranquismo.

Shanal sabía que Raif era aficionado a los deportes de riesgo. Hubo una época en la que Raif parecía estar siempre en lo alto de una montaña, en un avión o recorriendo un río en canoa. Esas actividades parecían perfectas para él, un hombre dado a la actividad física, atrevido e impulsivo. Pero el interés de Raif por esos deportes se había disipado tras

la muerte de su novia, Laurel, en un accidente de barranquismo.

–¿Conocía Mac a Laurel? –preguntó Shanal sin pensar.

–Laurel era su hija.

–Oh –las manos le temblaron al echar azúcar en su taza de café–. Lo siento.

–No te preocupes –respondió Raif–. Puedo hablar de ella.

Shanal le lanzó una rápida mirada y notó que las manos de Raif agarraban con fuerza el timón.

–Cuando se pierde a alguien, como la gente no sabe qué decir, no dice nada, ¿no te parece? Lo que es terrible.

Raif murmuró algo incomprensible y Shanal terminó de preparar el café, pensando que eso ocurría también con otro tipo de tragedias, como las enfermedades. Nadie quería enfrentar de cara los problemas, por lo que se evitaban en las conversaciones. Al menos, eso era lo que había ocurrido en el caso de su padre. La enfermedad le estaba destrozando el cuerpo, lo que le había hecho perder su independencia y capacidad para valerse por sí mismo. Sus amigos, sin saber qué hacer o cómo ayudar, se habían distanciado de él.

La situación se había agravado debido al orgullo de su padre y a que no soportaba la pérdida de sus habilidades. Se sentía perdido y se había encerrado en sí mismo, asqueado de tener que depender de otros.

Shanal decidió dejar de pensar en eso para evitar que el sentimiento de culpa se apoderara de ella. Había dejado a sus padres en la estacada.

Le pasó una taza de café a Raif y se sentó a su lado.

–¿Hasta dónde vamos a ir en el barco hoy?

–No muy lejos –respondió Raif antes de beber un sorbo de café–. El sol se va a poner dentro de un par de horas. Cuando veamos un sitio que nos guste, anclaremos el barco y pasaremos ahí la noche. Mañana nos pondremos en marcha temprano.

–Me parece bien.

–¿Quieres llevar el timón un rato? –le preguntó Raif.

–¿En serio? Nunca he llevado un timón.

–Alguna vez tiene que ser la primera –respondió él–. Además, solo vamos a siete kilómetros por hora. A esta velocidad no puedes causar ningún problema.

–¿Te refieres a aquella vez que me estrellé con uno de los tractores de los viñedos y acabé metiéndolo en un cobertizo?

Raif sonrió.

–En mi defensa, tengo que señalar que no sabía dónde estaban los frenos de ese cacharro.

–Está bien, lo reconozco. Y ahora, la lección del día.

Raif le explicó cómo funcionaban los controles que tenía delante y la dejó al timón. Una vez que se familiarizó con el manejo del barco, dirigir el timón le resultó sorprendentemente relajante.

Capítulo Tres

El sol estaba ya bajo en el horizonte y proyectaba reflejos dorados en las aguas del río cuando Raif le sugirió que se acercara a una diminuta playa. Después de llegar a la playa y de que Raif pusiera una plancha de madera a modo de puente entre el barco y la orilla, fue a tierra y ató la barcaza a unos árboles.

Ella apagó el motor, obedeciendo las órdenes de Raif, y salió a cubierta.

–Sé que es una tontería –dijo Shanal–, pero me siento como si fuéramos las dos únicas personas en este río.

–Sí, aquí se siente uno aislado.

–Gracias por traerme, necesitaba estar en un sitio así.

Raif inclinó la cabeza y entró en el interior de la barcaza. Ella le siguió después de unos minutos. Raif estaba delante del mostrador de la cocina abriendo una botella de vino.

–¿Te apetece una copa? –le preguntó él con un vaso vacío en la mano.

–Sí, gracias.

Raif llenó el vaso de vino blanco y se lo dio.

–¿Es vino de vuestros viñedos? –preguntó Shanal.

–Por supuesto. Mis uvas y la brillantez de Ethan.

Shanal sonrió.

–Hacéis muy buena pareja.

–Igual que nuestros padres.

–¿Tu padre aún trabaja en los viñedos?

Raif bebió un sorbo de vino y emitió un sonido de aprobación.

–Sí, aunque cada vez menos. Mi madre y él tienen pensado ir a Alsacia y a Burdeos el año que viene. Se han pasado la vida en los viñedos, les sentará bien hacer un viaje. Francia les va a encantar.

Shanal bebió un sorbo de vino, saboreándolo.

–Este vino es del viñedo al lado de tu casa, ¿verdad? El que, en parte, sobrevivió al incendio.

La familia Masters había sufrido un gran golpe cuando un incendio destruyó la residencia de la familia, Masters Rise, y casi todos sus viñedos, treinta años atrás. Con el tiempo y mucho trabajo la familia se había sobrepuesto a la tragedia y los lazos de unión entre sus miembros habían resultado inquebrantables. Ahora se encontraban completamente restablecidos y con un negocio de gran éxito, pero las ruinas de la vieja casa se elevaban como un puesto de observación en la propiedad de la familia, solemne testigo de que las cosas pueden desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

–Sí, lo es –confirmó Raif.

–Ethan me ha dicho que te interesan los viñedos de cultivo biológico.

Raif sonrió.
–Es difícil romper con las viejas prácticas, pero creo que, en este caso, vale la pena. Siempre he querido conseguir unos viñedos productivos y, al mismo tiempo, respetuosos con la naturaleza.
–Pues si este vino es un ejemplo de ello, creo que vas por el buen camino.
Raif alzó la copa como reconocimiento del halago.
–¿Te apetece salir fuera? Ponte mi chaqueta si quieres, hace algo de fresco.
Shanal se puso la chaqueta, salió a cubierta y se sentó en uno de los sillones de mimbre que había allí. El sol lanzó los últimos destellos dorados antes de desaparecer y dar paso a una oscuridad que incrementó la sensación de aislamiento. A pesar de los extraños ruidos de la noche, no sintió miedo, debido a la presencia de Raif. Se sentía a salvo con él.
Shanal suspiró y bebió en un agradable silencio compartido. Al cabo de un rato, se sintió obligada a dar explicaciones sobre lo que había hecho.
–Supongo que te debo una explicación –dijo Shanal volviendo el rostro hacia Raif, sentado a su lado con los ojos perdidos en la oscuridad.
–No.
Raif no necesitaba saber qué era lo que había hecho que Shanal recuperara la razón y se hubiera negado a casarse. Además, cuanto menos hablara del novio, mejor.
–Pero…
–Escucha –le interrumpió él–. Burton Rogers y yo fuimos al colegio juntos y puede que, en algún momento, llegáramos a ser incluso algo amigos, pero hace mucho que no lo somos. La verdad es que tengo más curiosidad por saber por qué accediste a casarte con él que el motivo por el que le has dejado plantado delante del altar. En cualquier caso, no me debes ninguna explicación.
Shanal se incorporó ligeramente en el asiento.
–Burton no te gusta nada, ¿verdad?
–Ni me gusta como persona ni me fío de él.
–Eso era lo que querías decirme el día que fuiste a verme después de que anunciara mi compromiso, ¿verdad?
Raif vació su copa.
–¿Te apetece otra? –preguntó poniéndose en pie.
–No, gracias. Creo que la copa que me he tomado se me ha subido ya a la cabeza. Como no he comido nada…
–Ahora mismo caliento la cena. Mac nos ha dejado un guiso de pollo en el frigorífico. Pero a partir de mañana tendremos que hacernos la comida.
Raif fue al interior de la barcaza antes de que Shanal se diera cuenta de que había esquivado la pregunta. No obstante, no había contado con la obstinación de ella.
–¿Qué era lo que no te dejé decirme en aquel momento, Raif? ¿Por qué desprecias a Burton?
–Eso ya no tiene importancia.
–Me gustaría saberlo.
Raif puso el guiso en el microondas antes de volverse a ella.

–Burton mató a Laurel –declaró simplemente.

***

–¡Raif, eso no es verdad! Sabes perfectamente que le declararon libre de toda responsabilidad respecto al accidente –respondió Shanal alzando la voz y con expresión de incredulidad.

–Suponía que dirías eso, por eso no quería decírtelo, ni entonces ni ahora.

Raif se apartó de ella, agarró los cubiertos y los manteles individuales y los colocó en la mesa.

–¿Sigues con frío? –preguntó él al tiempo que le daba al interruptor del calentador de gas.

–Estoy bien. ¿Qué has querido decir con eso de que imaginabas que yo iba a decir eso?

Shanal había recuperado el color de las mejillas.

–Eras la prometida de Burton y, evidentemente, te ibas a poner de su lado. Además, tú y yo nos hemos pasado la vida discutiendo, ¿no? Normal que no creyeras lo que digo.

Raif, delante de ella, se cruzó de brazos. Poco a poco, la vio perder el aire desafiante del que acababa de hacer gala. Parecía haber encogido.

–Siento que pienses así –dijo Shanal con voz suave y alzando los ojos para clavarlos en él–. Sin embargo, y a pesar de nuestras diferencias de opinión, eres la única persona que me ha acudido hoy en mi ayuda.

¿Cómo iba a decirle que no lo había hecho tanto por ella como por retar a Burton? ¿No había jurado, tras la muerte de Laurel, que iba a hacer todo lo que estuviera en sus manos para evitar que Burton volviera a hacer daño a otra mujer, sobre todo a una a la que él…?

Sin declarar abiertamente que creía que Burton era un asesino, había hecho lo posible por convencer a Shanal de que no se casara con él. Pero ella no le había prestado ninguna atención.

–Raif…

–Estabas disgustada y quería alejarte de allí. Yo estaba a mano y podía ayudarte, ¿qué otra cosa podía haber hecho? No iba a dejarte sola y permitir que todo el mundo se burlara de ti.

–No, supongo que eso ocurrirá cuando vuelva.

–No tiene por qué. Podrías hacer unas declaraciones en público y luego pedir que respeten tu intimidad –Raif lanzó una amarga carcajada–. O también podrías no volver.

Shanal sacudió la cabeza.

–No es tan sencillo.

–Si quisieras, podría serlo.

Shanal desvió la mirada, pero no antes de que él advirtiera un profundo dolor en sus ojos. Había algo que no sabía…

–En cualquier caso, no tengo prisa por volver –añadió Raif–. ¿Y tú?

Shanal se estremeció visiblemente.

–Tampoco.

–En ese caso, no nos busquemos problemas.

El microondas sonó. Raif sacó la cazuela y la llevó a la mesa.

–Vamos, siéntate a cenar.

Al levantar la tapadera de la cazuela salió un exquisito aroma a pollo con albaricoques. Raif sirvió una generosa ración en un plato y se lo pasó a Shanal.

–Sírvete tú misma la ensalada –dijo antes de servirse.

Cenaron en silencio. Shanal comió más de lo que él había imaginado que comería. En mitad de la cena, volvió a llenar las copas de vino.

–¿Decidido a que ahogue mis penas en alcohol? –le preguntó Shanal con una sonrisa.

–¿Estás triste? –preguntó él.

Shanal le sostuvo la mirada, alzando la barbilla a modo de desafío.

–Triste exactamente, no.

Shanal bajó los ojos y agarró su plato y sus cubiertos.

–Déjalo, yo me encargaré de recoger –dijo Raif.

–No soy una figura de porcelana a punto de estallar en pedazos –protestó Shanal cuando él le quitó de las manos el plato y los cubiertos y los llevó al lavavajillas.

–Vamos, vete a la cama y descansa –dijo Raif con firmeza.

Shanal pareció dolida; luego, algo enfadada.

–Está bien. Me iré a la cama… ya que me lo has pedido con tanta delicadeza.

–He puesto la bolsa con la ropa en la habitación del fondo. Es la más grande.

–¿No vas tú también a necesitar ropa?

–Ya pararemos en algún lugar a comprar lo que vayamos necesitando. Pero, para esta noche, no necesito nada.

Raif siempre dormía desnudo, hiciera el tiempo que hiciese.

–En ese caso, buenas noches, Raif.

Shanal se dio la vuelta, pero él la detuvo agarrándole una mano. La sintió temblar y, en silencio, se maldijo a sí mismo por ser tan bruto.

–Perdona, creo que he sido algo brusco.

–No, no lo has sido –protestó Shanal.

–Sí, lo he sido y te pido disculpas. No debería haber pagado contigo mi frustración. Has tenido un día horrible y no es contigo con quien estoy enfadado.

Raif se quedó perplejo cuando Shanal, de repente, se puso de puntillas y depositó un suave beso en sus labios.

–Gracias –susurró ella.

Shanal se soltó la mano y se marchó a su habitación. Raif se quedó inmóvil hasta que Shanal cerró la puerta. Había pasado la mitad de su vida esperando ese beso. Y ahora acababa de probar, en la vida real, algo con lo que solo había soñado.

Con el fin de distraerse, Raif limpió la cocina y luego se sirvió otra copa de vino. Quizá el alcohol frenara la tendencia a imaginar a Shanal durmiendo con su ropa al fondo del pasillo.

Pero no funcionó y salió a cubierta a tomar el fresco. Su mirada se perdió en el río bajo un cielo en el que las nubes ocultaban la luna y las estrellas. ¿No se habría equivocado al aceptar acompañar a Shanal en ese viaje?

Aunque durante los últimos años no había pensado en ella y había tenido otras relaciones e incluso había amado a una mujer hasta el punto de considerar proponerle el matrimonio, algo le había hecho contenerse. Hasta el punto de que Laurel, cansada de su reluctancia a comprometerse con ella, había buscado consuelo en los brazos de Burton Rogers. Y, al final, había acabado muerta.

Por accidente o no solo un hombre lo sabía con certeza; quizá dos, ya que en ese viaje había habido un guía. Lo único que él sabía con seguridad era que tres personas se habían hallado en la cima de unas cataratas aquel fatídico día y solo dos habían sobrevivido. Durante el descenso por el precipicio, la cuerda de Laurel había fallado, Laurel había caído y se había ahogado.

Según las declaraciones de Burton, él había dispuesto las cuerdas, pero Laurel había cambiado algo en la suya, culpándola así del accidente. Declaración a la que se había suscrito el juez de instrucción. Sin embargo, una vez sobrepuesto al dolor de la pérdida de su novia, él había dedicado un tiempo a investigar el incidente y había llegado a la conclusión de que quedaban aspectos por esclarecer.

Lo que le llevó a Shanal de nuevo, otra mujer a la que había que proteger de Burton. La ayudaría y la protegería mientras ella se lo permitiera, como había querido hacer con Laurel en aquel viaje.

Raif se despertó sobresaltado y cubierto en sudor. Había soñado con el accidente, con Laurel. Respiró hondo en un intento por recuperarse de la horrible pesadilla.

–¡No!

Tardó unos segundos en darse cuenta de que había oído el grito de una mujer en la realidad, no en sueños.

Se levantó de la cama y se puso los vaqueros. Después, salió de la habitación y se dirigió a la de Shanal. Al abrir la puerta, vio a Shanal, agitada y gimiendo en la cama con las sábanas enredadas alrededor del cuerpo.

–Shanal, despierta. Vamos, es solo una pesadilla, despierta.

A la luz de la luna que se filtraba por la ventana, la vio abrir los ojos. Shanal, con lágrimas y expresión de sorpresa, se lo quedó mirando.

–Vamos, tranquila, no pasa nada –le aseguró él.

–Esta vez no podía escapar –dijo ella con voz temblorosa–. Él no me dejaba.

Raif tiró de las sábanas enredadas en el cuerpo de Shanal.

–Vamos, tranquila. Deja que te coloque la ropa de la cama.

Shanal se sentó y se pasó una mano por el cabello.

–Ha sido una pesadilla horrible. Tan real…

–Sí, los sueños a veces lo parecen –comentó Raif al tiempo que se

sentaba en la cama, al lado de ella–. ¿Quieres contarme lo que has soñado?

–No, prefiero no hacerlo–. Gracias por despertarme.

–De nada. Y ahora, vuelve a dormir.

Raif ya estaba en la puerta cuando la voz de Shanal le hizo detenerse.

–Raif…

–¿Sí?

–Ya sé que te puede parecer raro, pero… –Shanal se interrumpió–. ¿Podrías pasar la noche aquí conmigo? No quiero estar sola.

¿Pasar la noche ahí? ¿Se había vuelto loca?

–Sí, claro.

Raif esperó a que ella se acomodara debajo de las sábanas y él se tumbó encima, al lado de ella.

–Gracias. Ya sé que es una tontería, pero es como si temiera que Burton fuera a aparecer por la puerta en cualquier momento.

–Eso no va a ocurrir. No sabe dónde estamos.

–Menos mal –respondió Shanal, acariciándole el hombro con el aliento–. ¿No quieres meterte en la cama?

No, de ninguna manera, pensó Raif. ¿Acaso esa mujer no sabía lo atractiva que estaba con el cabello revuelto y cubierta solo con una camiseta, su camiseta, por debajo de la cual se insinuaban unos pechos llenos y los pezones?

–No te preocupes, estoy bien. Buenas noches.

Raif cerró los ojos. Iba a ser una larga noche.

Capítulo Cuatro

Shanal se sentía muy bien cuando despertó, a salvo y satisfecha. Afuera llovía. Un par de fuertes brazos salpicados de vello oscuro la rodeaban cuando se dio cuenta de que estaba pegada al pecho de Raif.

Un calor sensual le recorrió el cuerpo. A pesar de la ropa de la cama, sintió la erección de Raif. Instintivamente, se apretó contra él… antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Shanal se apartó de Raif ligeramente y alzó la cabeza para mirarle. Los ojos azules de Raif le devolvieron la mirada.

–Buenos días –dijo ella con timidez.

Al momento, se arrepintió de haberle despertado, ya que él la soltó, se sentó en la cama y se frotó el rostro.

–Buenos días. ¿Has dormido bien?

–Como un tronco. Gracias.

–Me alegro.

Raif se levantó y salió de la habitación antes de que ella pudiera decir nada más. Pero… ¿qué iba a decirle? ¿Que se quedara en la cama y volviera a abrazarla? El día anterior había estado a punto de casarse con Burton y ahora quería a Raif en la cama con ella.

Shanal se levantó de la cama y la hizo rápidamente antes de ir al cuarto de baño. Se dio una ducha, se volvió a poner los vaqueros y la camiseta de Cathleen y encima un jersey grueso de Raif que encontró en la bolsa que él había dejado en su habitación. El jersey le quedaba muy grande, por lo que se subió las mangas y se miró en el espejo del cuarto de baño. Bien, no estaba demasiado ridícula. Además, no había ido allí a modelar, sino a aclararse las ideas, a pensar en qué hacer para ayudar a su familia a solucionar los problemas económicos que tenía y a dilucidar qué iba a hacer si al regresar se encontraba con que ya no tenía trabajo.

No creía que Burton le permitiría conservar el puesto de directora del departamento de investigación vitícola de la empresa. Un hombre como él no iba a aceptar de buen grado la humillación pública que ella le había causado.

A Shanal le entusiasmaba su trabajo, lo era todo para ella. Aunque había albergado la esperanza de encontrar el amor, la clase de amor que unía a sus padres o a Ethan y a Isobel, al no encontrarlo se había volcado en su trabajo.

Pero ahora, si había perdido el trabajo, tendría que buscarse otro, lo que implicaría marcharse de Adelaida y dejar a sus padres.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en el avance de la enfermedad de su padre. Su familia se limitaba a ellos tres, sus padres y ella. No le quedaba más remedio que esperar que Burton fuera lo

suficientemente generoso como para no utilizar su influencia e impedir que le dieran trabajo en otra empresa de la zona.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensimismamiento.

–¿Estás bien?

Shanal abrió la puerta.

–Estoy bien, no te preocupes. Aunque tengo hambre. ¿Te parece que prepare el desayuno?

–Si quieres… Mientras haces el desayuno yo puedo encargarme de encender el motor y poner en marcha la barca.

–Buena idea –respondió Shanal, contenta de tener algo que hacer.

En la cocina, Shanal examinó el interior del frigorífico y la alacena.

–¿Te apetecen unas tostadas francesas y beicon? –le preguntó a Raif, que estaba al timón.

–Mucho mejor que unos cereales –respondió él con una sonrisa que la dejó sin respiración.

Shanal se quedó ahí, quieta como una tonta, hipnotizada por la belleza viril de ese hombre. Con un esfuerzo, apartó los ojos y se dispuso a la tarea. ¿Qué tarea? Ah, sí, el desayuno.

Lanzó otra mirada a Raif y le vio completamente absorto en el manejo del barco. Como debía ser, se dijo a sí misma.

¿Qué importancia tenía que hubiera sentido un cosquilleo en todo el cuerpo al ver sonreír a Raif? Ninguna. Eso no significaba nada. Raif era un hombre guapo, consciente de su encanto y que no temía utilizarlo para provecho propio. Lo había visto en muchas ocasiones, durante las fiestas de la familia Masters, en las que Raif siempre había lucido una chica distinta agarrada a su brazo. La única novia que le había durado había sido Laurel.

Ahora, pensándolo bien, Shanal se dio cuenta de que tras la muerte de Laurel Raif había asistido a pocas fiestas de la familia, y cuando lo había hecho había ido solo.

Puso una sartén en el fuego para cocinar el beicon; después, echó unos huevos en un cuenco y los batió con unas gotas de leche, nuez moscada, canela y unas gotas de vainilla. Pronto el interior de la barcaza olía a beicon frito, que metió en el horno para que no se enfriara mientras rebozaba pan con la mezcla de huevo y lo echaba a la sartén para freírlo.

–Huele de maravilla –comentó Raif.

–Es lo único que sé cocinar bien –respondió Shanal con una carcajada–. Espero que te guste.

–¿Cómo es eso? –le preguntó Raif volviéndose en la silla giratoria.

–¿Cómo es qué?

–Que sea lo único que sabes cocinar.

Shanal se sonrojó ligeramente.

–Cuando me fui a vivir sola, mi madre siguió cocinando para tres. Congelaba lo que le sobraba y cuando yo iba de visita me lo daba. Así que siempre tenía comida en la nevera.

Raif se echó a reír y ella volvió a sentir un cosquilleo en el cuerpo. Raif era guapo cuando estaba serio, pero cuando reía… Con el fin de evitar examinar lo que sentía, volvió de nuevo a la sartén y luego puso la mesa.

–¿Qué tomas con el desayuno, café o té?
–Café, gracias –respondió Raif.
–Ahora mismo lo preparo.
Shanal preparó la cafetera rápidamente y echó una nueva tanda de pan en la sartén. Estaba tan pendiente de Raif que se quemó sin querer.
–El desayuno está listo –declaró ella.
–Estupendo. Dame un minuto para que lleve la barca ahí.
Raif llevó la barcaza a un pequeño meandro del río y paró el motor.
–¿No necesitamos anclar el barco? –preguntó Shanal.
–Como no vamos a pasar mucho tiempo aquí y estamos fuera de la corriente, no es necesario. Si hay algún problema, encenderé el motor otra vez y en paz.
Shanal sirvió el café en dos tazas y las llevó a la mesa. Al dejarlas en el tablero, Raif se fijó en algo.
–¿Te has quemado?–le preguntó agarrándole la mano para examinársela.
Shanal intentó apartarla.
–No es nada.
–Claro que lo es. Tienes que echarte agua fría.
–En serio, Raif, no es nada.
Ignorando sus palabras, Raif la llevó al fregadero, abrió el grifo del agua fría y la obligó a poner la mano bajo el grifo. Durante el tiempo que estuvo así, ella no pudo ignorar el viril cuerpo de Raif, el cuidado con el que le sujetaba la mano con la suya. El agua estaba fría, pero ella no. El calor que sintió en el cuerpo fue una nueva experiencia. Calor y algo más.
–¿Mejor? –le preguntó Raif.
–Sí, gracias –respondió Shanal con voz ronca.
Avergonzada de su reacción, apartó la mano de la de él y agarró un trapo de cocina.
–Déjame a mí –Raif le quitó el trapo antes de que ella pudiera protestar y, con suavidad, le secó la mano–. He visto por aquí un gel de aloe vera… Ah, aquí está –añadió Raif al abrir una pequeña caja con artículos de primeros auxilios encima del frigorífico.
Raif le echó un poco de gel en la mano y lo extendió por la quemadura.
–Ya verás como dentro de nada no te va a doler.
–Gracias –respondió ella sintiendo una ridícula y súbita timidez–. Últimamente no hago más que darte las gracias por una cosa u otra.
Shanal se separó de él y fue a abrir la puerta del horno.
–Vamos, déjame a mí. Tú siéntate.
–No soy una inválida –murmuró ella con frustración.
–Lo sé. Y para demostrártelo, dejaré que seas tú quien me sirva durante el resto del viaje.
Shanal se echó a reír.
–De acuerdo, trato hecho. Pero puede que acabes arrepintiéndote.
–Ah, sí, claro, no sabes cocinar. En ese caso… ¿qué tal si yo te enseñara?
Raif puso los platos en la mesa y se sentó.
–Esto está muy bueno –dijo él después de probar las tostadas–. Tienen un sabor especial.

–Lo he aprendido de mi madre. ¿Tú sabes cocinar?

–Mi madre me enseñó antes de que entrara en la universidad. Pronto descubrí lo útil que era para impresionar a las chicas y rápidamente amplié mi repertorio.

Shanal alzó los ojos al techo.

–Sí, muy propio de ti.

Raif le lanzó una traviesa sonrisa y continuó con el desayuno. Cuando hubieron terminado, a sugerencia de Raif, este sacó el barco de nuevo al centro del río y la dejó al timón mientras él recogía los cacharros del desayuno.

Navegaron por las aguas del Murray durante unas horas, turnándose al timón. La tranquilidad era casi absoluta, apenas interrumpida por algún que otro yate que les pasaba a toda velocidad.

Pasaba del mediodía cuando llegaron a una pequeña ciudad.

–¿Quieres que demos un paseo? –le preguntó Raif desde el interior, agarrando el timón.

Shanal fue a decir que sí, pero el recuerdo de la pesadilla le asaltó: Burton sujetándola al pie del altar y obligándola a permanecer junto a él. Sabía que no era posible que Burton supiera dónde estaba; además, aunque hubiera logrado localizarles, él no era una persona que recurriera a la violencia. No obstante, sacudió la cabeza.

–Prefiero quedarme en el barco. Ve tú si te apetece.

–Shanal, Burton no sabe que estás aquí. Y aunque lo supiera, no tienes por qué ir con él.

Shanal cerró los ojos y contó hasta diez despacio. ¿Cómo era posible que Raif se hubiera dado cuenta de lo que estaba pensando?

–Está bien, iré contigo a dar una vuelta.

Fue un placer salir del barco y estirar las piernas, pensó Shanal disfrutando de la vista. Desde donde estaban se veía el río, el muelle y otras barcazas similares a la suya amarradas.

–Nuestra barca parece muy pequeña vista desde aquí –comentó Shanal.

–Sí. Siempre he pensado que las vistas como esta me ayudan a recuperar la perspectiva de las cosas. Desde el barco, lo único que se ve es el río y sus márgenes. Pero, visto a distancia, la percepción cambia mucho y uno es capaz de darse cuenta de que lo que somos, nuestros problemas, en realidad son insignificantes.

Ojalá sus problemas le parecieran insignificantes con la distancia, pensó Shanal, pero antes o después tendría que enfrentarse de nuevo a ellos y resolverlos.

–¿Adónde vamos a ir ahora? –preguntó Shanal.

Raif señaló un punto río arriba.

–Pienso que podríamos seguir navegando en dirección a Swan Reach. Aunque también podríamos amarrar cerca de Big Bend, pasar la noche allí e ir a Swan Reach mañana por la mañana.

Shanal asintió y emprendieron el camino de regreso a la barcaza.

Mientras caminaban juntos, Shanal reflexionó sobre las palabras de Raif. Perspectiva. Eso era lo que Raif le estaba regalando al haberla llevado allí: tiempo para pensar en sus problemas, para recapacitar y ver que podían

superarse.

Se tropezó cuando Raif, juguetonamente, le dio un pequeño empujón.

–Piensas demasiado. Vamos, te echo una carrera hasta el barco. ¡El último hace la comida!

Shanal tenía un pie en la plancha de desembarco de la barcaza cuando unos fuertes brazos la alzaron. Gritó cuando Raif la hizo girar ciento ochenta grados en el aire.

–¡He ganado yo! –declaró él triunfal al poner los pies en la cubierta del barco antes de dejarla en el suelo.

–No es justo –protestó ella.

–Todo vale en el amor y la guerra –Raif sonrió traviesamente.

Shanal le miró y algo la hizo temblar de pies a cabeza, algo que no tenía que ver con el trabajo que le costaba respirar, sino con el hecho de que Raif aún la rodeaba con los brazos. El corazón parecía querer salírsele del pecho y en lo único que podía pensar era en lo cerca que tenía los labios de Raif. Con apenas mover una cadera le rozaría la pelvis…

¿Iba a hacerlo?

Lo hizo.

Shanal alzó las manos, le agarró la cabeza a Raif y lo atrajo hacia sí.

Y entonces, le besó.

Lo sintió estremecerse cuando sus labios se unieron. Raif se quedó muy quieto durante unos segundos y Shanal se preguntó si no acababa de hacer una tontería al actuar impulsivamente, en contra de su precaución y cautela natural.

Pero entonces los labios de Raif le acariciaron los suyos, la abrazó con más fuerza, la estrechó contra su cuerpo y contra el sólido miembro.

Shanal hundió los dedos en el corto cabello oscuro de Raif. No quería soltarle ni por un segundo; de hacerlo, tendría que contestar a las preguntas que, con toda seguridad, vería en los ojos de él. Preguntas que ni siquiera podía contestar para sí misma.

Lo único que sabía era que, de repente, se había dado cuenta de lo mucho que deseaba aquello, a ese hombre, ese beso. Le pasó la lengua por el labio inferior, le sintió temblar y también endurecer.

Así era como debía ser entre un hombre y una mujer: deseo, anhelo, pasión. No un frío contrato. No la sensación de ser una posesión más de un hombre.

Gimió cuando Raif le tocó la lengua con la suya y una llama de deseo le recorrió el cuerpo. Se apretó contra él, deseosa de que Raif llenara el vacío que sentía, desesperada porque él satisficiera lo que el cuerpo le exigía.

Raif deslizó las manos por debajo del jersey y el roce la quemó. Quería más. Quería a Raif. Le besó con fiereza. Avanzó con la lengua, se retrajo, avanzó de nuevo, retándole.

Los pezones se le irguieron y se apretó contra él. El placer la hizo estremecer. Nunca había sentido nada parecido a ese nivel de total abandono, de profundo deseo.

La sirena del ferri le recordó dónde estaban y lo que estaban haciendo.

Por eso, Shanal bajó las manos hasta posarlas en los hombros de Raif y se apartó de él. Su cuerpo entero rebosaba energía… Pero al recuperar la consciencia del entorno, la fuerza que había sentido la abandonó, haciéndola sentirse vacía.

–Yo… –pronunció Shanal.

Raif depositó un breve y dulce beso en sus labios.

–No digas nada, no es necesario.

Raif se agachó, agarró la rampa de desembarcar, la colocó en su sitio, soltó las amarras que aseguraban el barco al muelle y pasó adentro quitándose la chaqueta por el camino.

¿Cómo podía estar tan tranquilo, como si no hubiera pasado nada?

Shanal se agarró a la barandilla de la cubierta de la barcaza, desesperada por aferrarse a algo sólido, a cualquier cosa que pudiera llenar el vacío que sentía.

Unas inesperadas lágrimas asomaron a sus ojos y parpadeó furiosamente para contenerlas. ¿Qué demonios le había pasado? Ella, una mujer tan sensata, tan cerebral, tan poco dada a actuar por instinto. Desde luego, no era propio de ella lanzarse a un hombre y besarle hasta quedarse sin sentido.

En lo alto de la colina, Raif había hablado de perspectiva. Nunca antes había necesitado ella recobrar la perspectiva como en ese momento. Tenía que pensar con lógica. No obstante, el cuerpo continuaba exigiéndole que actuara de acuerdo a lo que sentía sin tener en cuenta las consecuencias. Trató de recuperar la objetividad, la lucidez, solo así podría volver a mirar a la cara al hombre que estaba en el interior de la barca.

Raif llevó la barcaza al centro del río y continuó río arriba, pero no podía quitarle los ojos a la mujer que tenía delante en la cubierta. Solo le separaba de ella un cristal, pero se le antojaba mucho más que eso. El beso de Shanal le había tomado por sorpresa. Él hubiera debido comportarse como un caballero y apartarse de ella, lo mismo que hubiera debido dejarla ganar la carrera y no levantarla en sus brazos. Pero siempre le había gustado correr riesgos, provocar y ver la reacción de la gente. Y ahora estaba sufriendo las consecuencias.

El hecho de que no la hubiera arrastrado al dormitorio más cercano y se hubiera entregado a lo que parecía que ambos habían deseado se debía a que, aunque Shanal se había quitado el anillo y había huido de su boda, aún tenía relación con Burton. Fuera lo que fuese lo que hubiera entre ella y Burton, aún no había acabado. Y a él eso no le gustaba nada.

Contemplando a Shanal, tuvo la impresión de que ella trataba de encontrar el sentido de la vida en las aguas del río. Deseó que fuera así de sencillo. Él también se había quedado ensimismado mirando algo en muchas ocasiones, pero la experiencia le había demostrado que uno encontraba las respuestas que buscaba en sí mismo, no en agentes externos. Y, a veces, esas respuestas no eran fáciles de aceptar.

–Eh, todavía me debes un almuerzo –gritó Raif por la puerta abierta.

Quizá, si bromeaba con ella, Shanal se recuperaría.

Al cabo de unos segundos, la vio soltar la barandilla y enderezar los hombros. Shanal entró en la barcaza con la misma expresión de confusión y angustia que había visto en ella el día anterior en el parque, a la salida de la catedral. Fue como un puñetazo en el estómago.

–¿Serías capaz de preparar un bocadillo y un café?

Las mejillas de Shanal recuperaron algo de color y una chispa asomó a sus ojos verdes.

–Creo que podré hacerlo sin poner en peligro nuestras vidas –respondió ella.

Raif sonrió.

–La vida no es un juego, por si no lo sabes –declaró Shanal, toda ella primorosa.

–Ni tampoco tiene por qué ser un sacrificio continuo.

Raif volvió la atención de nuevo al río, pero sintió que ella le observaba. No tardó mucho en acercársele con unos bocadillos en una bandeja.

–Gracias –dijo Raif agarrando uno.

Raif la miró fijamente y sintió un gran alivio al ver que ella le sostenía la mirada.

–¿Estás mejor ya? –preguntó él.

Shanal asintió y apartó los ojos de él.

–No tengo por costumbre besar a cualquiera.

–Lo sé –respondió Raif.

–No volverá a ocurrir –añadió ella.

–Lo que tú digas –respondió Raif.

–Hablo en serio. No puede volver a ocurrir.

Notó una nota de pánico en la voz de Shanal que le hizo preguntarse qué era lo que le asustaba tanto.

–Shanal, te aseguro que estás a salvo conmigo. No voy a obligarte a hacer nada que no quieras, te lo prometo. Pero no olvides que solo se vive una vez. No sé tú, pero yo ya me arrepiento de muchas cosas, así que no quiero pasar el resto de mi vida arrepintiéndome de más.

Comenzó a llover copiosamente, entorpeciendo la visibilidad. Como no tenían obligación de llegar a ninguna parte, Raif decidió amarrar la barcaza. La llevó a la orilla del río y se mojó entero al bajarse del barco para atarlo. Cuando volvió a bordo estaba calado hasta los huesos.

–Anda, mira a ver si encuentras un DVD en la estantería debajo del televisor, así podríamos ver una película –sugirió Raif–. Mientras tanto, voy a darme una ducha rápida y a cambiarme de ropa.

Cuando volvió a la zona de estar, vestido con un cómodo chándal, Shanal había dejado un par de películas encima de la mesa de centro. Él agarró una de ellas.

–¿Te gusta la ciencia ficción? –preguntó Raif.

Shanal asintió.

Con sorpresa, Raif descubrió que Shanal no solo disfrutaba con la ciencia ficción sino también con la violencia. Ya bien entrada la segunda película de la trilogía, no le quedó más remedio que reconocer que se había equivocado en muchas cosas respecto a Shanal. Además de sumamente inteligente, Shanal tenía un sentido del humor que nunca

antes había visto en ella. Mientras el extraterrestre mataba a unos cuantos más, ella rio y aplaudió, sin dar ya signos de la tensión anterior.

Le gustaba la risa de Shanal, era un sonido alegre, espontáneo y contagioso. Quería que no dejara de reír. Y cuando en la película pareció que la heroína ya no tenía escapatoria y que todo estaba perdido, Shanal le agarró la mano y se la apretó.

Hicieron un descanso para preparar la cena. Shanal lo cocinó casi todo. Sintió un profundo placer al verla tan contenta de que la pasta le hubiera salido mejor de lo que había esperado. Cenaron delante del televisor mientras veían la última película de la trilogía. Y cuando se acabó, Raif la sorprendió bostezando.

–¿Por qué no te vas a la cama? Yo me encargaré de recoger.

–¿En serio no te importa? No sé por qué estoy tan cansada, apenas he hecho nada en todo el día. Debe ser por la lluvia –dijo Shanal levantándose del sofá.

–No te preocupes, tú vete a dormir –dijo él al tiempo que se ponía en pie.

Apenas aquellas palabras habían salido de sus labios cuando se los imaginó a ellos dos en la cama, y no durmiendo precisamente. Al instante, el miembro se le irguió. Shanal, como si sus pensamientos fueran en la misma dirección, se detuvo e y le miró con las pupilas dilatadas. Llevaba el cabello suelto y los rizos revueltos. No le costaría ningún esfuerzo besarla. Solo un beso de buenas noches, nada más.

–Venga, vete ya. Hasta mañana.

Shanal le dio las buenas noches y se fue a su habitación, dejándole sintiéndose como un tonto.

Raif recogió antes de irse a la cama.

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente, a Shanal le despertó el ruido del motor. Se frotó el rostro, miró el despertador de la mesilla de noche y se quedó atónita al ver que eran casi las nueve. Había dormido doce horas, algo inaudito en ella.

Fue al cuarto de baño, se dio una ducha rápida, se vistió y se reunió con Raif.

–Perdona que me haya levantado tan tarde –dijo Shanal cuando él le dio los buenos días con una de esas sonrisas irresistibles tan suyas.

–No pasa nada. Debías necesitarlo.

Shanal se sirvió unos cereales y una taza de café y se sentó al lado de Raif, que controlaba el timón con habilidad.

Clavó la mirada en las manos de Raif, las mismas manos que el día anterior le habían acariciado la espalda al besarla, y un temblor le recorrió el cuerpo.

–¿Tienes frío? –le preguntó Raif.

–No, estoy bien –respondió ella al tiempo que se levantaba para llevar el cuenco de cereales a la cocina.

Pero no, no estaba bien, se sentía confusa. El beso del día anterior había sido revelador. Raif ya no era el atrevido adolescente del pasado al que había ignorado durante años sino un hombre. Un hombre al que deseaba.

Sí, acababa de reconocerlo.

Reflexionó sobre ello hasta que la cabeza le dio vueltas. Durante años, la relación entre Raif y ella se había limitado a lanzarse pullas el uno al otro, convirtiéndose en una costumbre destinada a levantar una barrera entre ambos. Sin embargo, lo que habían conseguido era establecer un extraño lazo de unión. Un lazo de unión que se había evidenciado el día anterior.

Shanal acababa de reconocerlo. Pero, al parecer, a Raif, a juzgar por su comportamiento, no le había afectado tanto como a ella. Y… ¿por qué iba a ser de otra forma? Raif era un hombre acostumbrado a que las mujeres se arrojaran a sus brazos. Lo más probable era que la encontrara aburrida.

No obstante, la excitación de Raif había resultado evidente, de eso no cabía duda. Sin embargo, después, se había comportado como si nada.

Shanal trató de convencerse a sí misma de que era una suerte que Raif hubiera reaccionado como lo había hecho. Pero no pudo evitar sentir herido su orgullo ante la indiferencia que Raif había mostrado a posteriori.

–Antes del mediodía estaremos en Swan Reach –dijo Raif volviendo la cabeza–. Podríamos dar un paseo y luego almorzar en el pub.

–Buena idea –contestó Shanal.

Le sentaría bien encontrarse fuera de los confines de la barca. Y, con un poco más de suerte, los pensamientos eróticos que le asaltaban en relación

con Raif la abandonarían.

Después de amarrar, fueron paseando hasta el pub y decidieron sentarse a comer afuera, al sol, en una de las mesas de la terraza. La camarera les llevó rápidamente las bebidas y la carta.

Shanal estaba completamente relajada y riendo tras un comentario de Raif cuando, de repente, le asaltó una incómoda sensación. Volvió la cabeza a tiempo de ver a un hombre alto saliendo de la terraza para entrar por las puertas de cristal al comedor del establecimiento.

–¿Le conoces? –preguntó Raif.

–No, no conozco a nadie aquí –contestó Shanal.

Sin embargo, no pudo evitar la desagradable sensación de que ese hombre la había estado observando.

Sintió un gran alivio cuando se subieron al barco y se marcharon de allí. Fue ella quien dirigió el timón durante una hora aproximadamente, hasta que Raif sugirió parar una vez más. Después de amarrar, Raif puso música y le propuso una partida de *backgammon*.

Shanal no había jugado nunca, pero al cabo de un rato, le había ganado varias partidas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Raif pasaba más tiempo mirándola que pensando en el juego.

Por fin, Raif se dio por vencido y se negó a jugar más.

–La próxima vez no seré tan buen profesor –declaró Raif mientras ella guardaba las fichas.

–Así que ha sido un duro golpe para tu ego, ¿eh? –bromeó ella.

–¡Que te crees tú eso! Se necesita mucho más que ganarme al backgammon para herir mi ego. Pero si quisieras, podríamos echar un pulso y…

Shanal lanzó una carcajada.

–De eso nada.

–Dime, ¿tienes hambre?

Shanal miró el reloj y se dio cuenta del tiempo que habían estado jugando.

–Supongo que podría comer algo –admitió ella.

–Venga, pongámonos en marcha. Te voy a dar una lección de cocina.

Shanal siguió a Raif a la cocina. Raif sacó de la nevera unas verduras y un par de paquetes, al momento, Raif comenzó a cortar verduras con la habilidad que daba la práctica.

–El truco para impresionar a alguien de tus habilidades culinarias es presentar en la mesa una comida que dé la impresión de que uno se ha pasado el día preparándola cuando, en realidad, apenas ha costado unos minutos –declaró Raif.

–No me digas –Shanal se inclinó sobre el mostrador y se quedó observándole–. ¿Y has impresionado a mucha gente?

–He deslumbrado a más de una persona –respondió él con una falta de modestia que la hizo reír.

–¿Qué vas a preparar para cenar?

–¿Yo? No, los dos. En realidad, eres tú quien va a cocinar. Vamos a preparar un salteado de pescado estilo chino.

Shanal asintió.

–Me encanta el pescado.
Raif le guiñó un ojo.
–A mí también –añadió él.
Raif le enseñó a preparar los calamares y la dejó que terminara mientras él servía dos copas de vino.
–Esto es vida, ¿verdad? –comentó Raif antes de darle una copa.
Shanal se limpió las manos, agarró su copa y brindó con él.
–Por la buena vida.
Fácil de decir en esos momentos, pero era consciente de las serias decisiones que debería tomar en un futuro próximo. No podía pasarse la vida huyendo por mucho que le apeteciera. No era justo, sus padres la necesitaban. Sin embargo, al mirar a Raif, se dio cuenta de lo fácil que le resultaría escapar y pasar el resto de su vida con él.
Suspiró. Eso era ridículo. Se había comportado de forma irracional al dejar a Burton; no obstante, por mucho que lo intentara, no se arrepentía de ello. Y tampoco, por mucho que lo intentara, podía evitar la atracción que sentía por Raif.
Con decisión, desechó esos pensamientos y se concentró en la comida que estaba preparando y trató de ignorar el calor que le recorría el cuerpo cada vez que se rozaban o se tocaban accidentalmente mientras hacían la cena.
La cena estaba deliciosa y no puso objeciones cuando Raif abrió una segunda botella de vino. Después de cenar, envueltos cada uno en una manta, salieron a cubierta a tomar una copa y a observar las estrellas.
Le resultó lo más natural acurrucarse junto a Raif en el sofá de mimbre, con música clásica de fondo y un brazo de Raif rodeándole los hombros.
–Mira, una estrella fugaz –murmuró Raif.
–Lo más seguro es que sea desecho de algún satélite –comentó Shanal.
–¿Dónde está tu sentido del romance? –bromeó Raif–. Vamos, pide un deseo.
Shanal pensó en el lugar en el que se encontraba y en todo a lo que aún tenía que enfrentarse. ¿Un deseo? ¿Por qué no? Cerró los ojos y pidió un deseo con todo su corazón.
–¿Ya?
–Sí –respondió ella.
–¿Qué has pedido?
–Para que los deseos se cumplan hay que mantenerlos en secreto.
–¿Vas a decirme a estas alturas que has superado tu naturaleza analítica para entregarte a las supersticiones? –le contestó él.
Tras titubear unos segundos, Shanal dejó la copa de vino en el suelo y después miró fijamente a Raif.
–Mi deseo has sido tú.

***

Por primera vez en la vida, Raif no supo qué decir. Contuvo la respiración y se le contrajo dolorosamente el pecho, al igual que otra parte de su anatomía, durante un prolongado silencio.

–Para ser exactos –añadió Shanal con voz apenas audible–, lo que he deseado es que me hagas el amor.

Raif deseó con todo su ser aprovechar el momento y satisfacer el deseo de Shanal, pero algo le hizo contenerse. ¿Por qué ahora? ¿Por qué quería Shanal hacer el amor con él después de haber dejado a Burton? Ni siquiera habían hablado del motivo por el que ella había dejado al novio plantado delante del altar. ¿Le consideraba Shanal una especie de segundo plato?

A Shanal no le pasó desapercibida su vacilación y, de repente, bajó la cabeza y se apartó de él.

–Perdona, ha sido una tontería. He bebido demasiado vino. No me hagas caso.

Shanal comenzó a levantarse del sofá, pero él la agarró por el brazo y la hizo volver a sentarse. Entonces, le puso unos dedos en la barbilla y la obligó a mirarle.

–¿Estás segura, Shanal? ¿De verdad es eso lo que quieres?

El silencio se hizo tenso mientras esperaba la respuesta de Shanal. Apenas la oyó cuando dijo:

–Sí.

Y eso fue todo lo que él necesitó para bajar la cabeza y capturar los labios de Shanal con los suyos.

Su intención había sido darle un beso suave y tierno, pero acabó siendo algo tórrido. Shanal se agarró a su cintura como si buscara refugio en él.

Shanal era perfecta. Su pequeño cuerpo se ajustaba bien al de él. La suavidad de sus curvas se fundía con él como si ambos hubieran sido esculpidos de una misma piedra.

Shanal gimió cuando sus lenguas se unieron. Entonces, deslizó las manos por debajo de su camisa de chándal para acariciarle la piel desnuda.

Era todo lo que él había soñado que sería y, al mismo tiempo, no era suficiente. El lugar no era el apropiado para hacer con Shanal todo lo que quería. Lo que deseaba con desesperación. Y la levantó en sus brazos.

–Vamos adentro –dijo Raif–. Quiero verte.

–Sí –susurró ella al tiempo que le tomaba el rostro para volver a besarle.

Shanal era todo ardor y pasión, como él había soñado que sería. El beso del día anterior solo había sido el preludio de ese momento, el desenlace de años de luchar contra lo que sentía por ella, de someter su deseo por esa mujer.

La llevó en brazos hasta el dormitorio en la oscuridad. Una vez allí, la tumbó en la cama y encendió la lámpara de la mesilla de noche, que proyectó su luz dorada en toda la habitación.

Raif se acercó a ella, la despojó de la ropa y dejó al descubierto la belleza natural de aquella mujer. Después, la acarició y absorbió el calor de aquella piel. Paseó las manos por la diminuta cintura de Shanal, por las costillas y, a continuación, se las llenó con los pechos de ella antes de agachar la cabeza para apoderarse de uno de los pezones con la boca. Pasó la lengua por la diminuta cresta, la mordisqueó y sintió una profunda satisfacción al oír a Shanal gemir.

–Eres muy hermosa –murmuró él.

Quizá aquellas palabras eran un tópico, pero en esos momentos no se le ocurrió nada mejor que decir. Shanal era hermosa y… también era suya. Había esperado años a que ocurriera lo que estaba ocurriendo y no iba a precipitar las cosas. Y no iba a ser solo esa noche, sino todas y cada una de las noches que durara el viaje.

–Haces que me sienta hermosa –murmuró ella–. Haces que sienta.

Un implícito mensaje. ¿La hacía sentir? ¿Qué había querido decir con eso? ¿Acaso nadie se había tomado el tiempo necesario para hacerla sentirse hermosa y deseable? ¿Ni siquiera el hombre con el que había estado a punto de casarse? Le pareció algo increíble.

–Shanal, no eres…

–¿Virgen? No, no lo soy. Pero tampoco tengo mucha experiencia. Jamás nadie… me ha hecho sentir lo que siento ahora –admitió ella tímidamente.

Al margen de con quién había estado Shanal y en qué circunstancias, Raif iba a hacerle el amor de tal manera que sintiera lo que podía llegar a ser entre dos personas.

Con eso en mente, desvió la atención al otro pecho, chupando y mordisqueando el oscuro pezón hasta erguirlo como a su gemelo. Después se alzó para volver a besarla en la boca mientras continuaba acariciándole los pechos con las manos. Y Shanal le besó a su vez con una ferocidad que hizo que le hirviera la sangre.

Raif no se había quitado la ropa para evitar precipitar los acontecimientos, pero ya no podía aguantar las ganas de sentir el cuerpo desnudo de Shanal contra el suyo, piel con piel, dureza con suavidad, sexo con sexo.

Se sentó en la cama para desvestirse y ella le ayudó. Se sintió ridículamente patoso para bajarse la cremallera de los pantalones. Tras estos, se quitó los calzoncillos. Y casi lanzó un gruñido de alivio al liberar su miembro. Pero esa sensación de libertad duró solo hasta el momento en que Shanal cerró la mano sobre él a modo de aterciopelado guante.

Raif cerró los ojos y apretó los dientes mientras reprimía las ganas de moverse. Las caricias de ella, tímidas al principio, se volvieron más descaradas. Y cuando le tocó el glande, un estremecimiento le recorrió el cuerpo entero.

Al abrir los ojos, Raif sorprendió a Shanal sonriendo de satisfacción.

–Me estás volviendo loco –le advirtió él con voz ronca y espesa.

–Me encanta volverte loco –respondió ella con ojos sumamente brillantes–. Tú siempre pareces muy seguro de ti mismo, pero ahora… En este momento eres vulnerable y no puedo evitar alegrarme de ser la causa de ello.

¿Acaso esa mujer no era consciente de que llevaba años deseándola?

–En ese caso, a tu disposición. Soy todo tuyo –dijo Raif–. Haz lo que quieras conmigo.

Acababa de ponerla al mando, de pasarle el control de la situación.

Entonces, Shanal, con un gesto, le indicó que se tumbara en la cama a su lado y, en el momento en que él apoyó la cabeza en la almohada, le besó. La boca de Shanal estaba caliente y húmeda, su actitud exigente mientras le mordisqueaba el labio inferior antes de ponerse a explorar su

cuerpo.

Tras ponerse de rodillas con las piernas a ambos lados de él, Shanal le acarició el pecho, los pezones… Y él, sumamente sensible a esas caricias, sintió un calor insoportable cuando Shanal le pasó la lengua por las zonas que acababa de acariciar con las manos.

–Mmm. Me gusta tu sabor –dijo Shanal.

Shanal le chupó un pezón y después se lo mordisqueó suavemente con el cabello cayéndole como una cortina de seda negra.

Raif dudaba poder aguantar mucho más sin perder el control. Pero fiel a su palabra, se hizo el fuerte, dejándolo todo en manos de ella.

Logró encontrar la fuerza necesaria para contenerse y permitir a Shanal que continuara explorándole las costillas, el estómago, el vientre… Pero cuando Shanal quiso seguir descendiendo, él se dio cuenta de que había llegado el momento de volver a tomar el mando; de no ser así, todo acabaría antes de que lo mejor empezara.

Raif la tumbó boca arriba, el cabello negro de Shanal en contraste con el blanco de la almohada, los ojos brillándole de deseo, una sonrisa iluminando sus dulces labios.

–En resumen, puedo hacerte lo que tú me haces a mí –declaró ella como si acabara de descubrir un fenómeno increíble.

–¿Y qué es eso exactamente? –preguntó Raif al tiempo que se agachaba para besarla ligeramente.

–Volverte loco.

–Completamente –respondió Raif, que sin haber dejado de acariciarla, ahora deslizaba las manos hasta la entrepierna de ella.

Al sentir su calor y humedad, lanzó un gruñido.

–Estás más que lista.

–Tómame –le rogó Shanal–. Hazme sentir más.

–¿Me deseas?

Raif le tocó la entrada de la vagina con la yema del pulgar.

–Sí… sí…

Shanal empezó a respirar con dificultad al incrementar él la presión, arrastrándola al punto de placer, deleitándose en la desinhibida pasión que el rostro de ella reflejaba. Entonces, le introdujo un dedo y sintió los músculos de ella contraerse.

–¿Te gusta esto? –preguntó Raif acariciándole los labios con los suyos.

–Más. Quiero más, por favor –le suplicó Shanal.

Shanal le puso las manos en el rostro mientras con labios y lengua demostraba su deseo.

Raif le introdujo otro dedo e incrementó el ritmo de sus caricias mientras, con la lengua en la boca de ella, imitaba el movimiento de las manos. Y cuando Shanal se puso rígida, tensando todos los músculos, la oyó gritar de placer.

Después de unos momentos, Shanal se movió bajo su cuerpo.

–No tenía idea de… Quiero decir que… el sexo me había gustado antes, pero esto… Ha sido increíble.

Raif se sintió orgulloso de sí mismo.

–Esto solo ha sido el principio –declaró él–. Tenemos toda la noche por

delante.

–Menos mal –dijo Shanal con una queda carcajada–. Porque, desde luego, me gustaría repetir.

–¡Oh, no, he creado un monstruo! –exclamó Raif dramáticamente.

–En ese caso, te sugiero que hagas algo para calmar a la bestia –respondió ella al tiempo que le ponía las manos en el miembro–. Porque la verdad es que… ha faltado algo.

–¿Que ha faltado algo?

–Sí, tú.

–En ese caso, ¿te parece que lo remediemos?

Shanal rio, aún perpleja por su respuesta a las caricias de ese hombre y al hecho de que, a pesar de haberla saciado, la había dejado con necesidad de más. Más de él, más risa… Nunca antes había reído haciendo el amor; sin embargo, con Raif, le resultaba algo natural.

Shanal volvió a cambiar de postura hasta quedar encima de él, sexo con sexo.

–Shanal, espera, no tenemos… –comenzó a decir Raif.

Pero ella, ignorándole, lo tomó dentro de su cuerpo.

–Shanal… No…

Pero Raif volvió a callar cuando ella comenzó a moverse y a experimentar exquisitas sensaciones en todo el cuerpo. Le pareció que, en ese momento, su cuerpo sabía exactamente lo que quería y cómo conseguirlo. Se movió de tal manera que le permitió salir ligeramente de ella antes de volver a llenarla por entero. Pero pronto perdió la razón y el sentido del tiempo, solo sabía lo que era el placer.

Raif le tocaba las caderas, los pechos, por todas partes. Y fue cuando volvió a ocurrir: un estallido de intensa felicidad, de absoluta satisfacción. Bajó la mirada y clavó los ojos en los de Raif que, agarrándole las caderas, se movía con rapidez, empujando hacia arriba como si quisiera perderse en ella. Y cuando él alcanzó el clímax, la estrechó en sus brazos, los cuerpos de ambos latiendo al unísono.

Después de lo que parecía una eternidad, Raif le acarició la espalda y las nalgas. Ella tenía la cabeza apoyada en el pecho de él y oía los latidos de su corazón. Y cuando le sintió salir de dentro de ella, lanzó un quedo gemido de protesta.

–Shanal –dijo Raif apartándole el cabello de la cara.

–Ha sido increíble –Shanal suspiró.

–Sí, claro que lo ha sido. Pero no hemos utilizado un condón. ¿Estás tomando la píldora?

–Sí, claro.

Shanal estaba tomando una dosis muy baja de anticonceptivos porque una dosis más alta le producía intolerancia.

–¿Has traído las pastillas aquí?

–No –reconoció Shanal–. Pero no te preocupes, estoy segura de que no va a pasar nada.

–De ahora en adelante usaremos preservativo.

–¿Tienes preservativos aquí? –preguntó ella arqueando las cejas.

–No, tonta –Raif le dio un azote juguetón en las nalgas–. Pero en el cuarto de baño hay.

–En ese caso, ¿a qué esperas? –bromeó ella, empujándole–. En el baño no nos sirven para nada.

Capítulo Seis

Shanal se levantó de la cama al alba. Sentía el cuerpo tonificado y apenas podía contener la sonrisa al entrar en el cuarto de baño. En los brazos de Raif, se había sentido sumamente hermosa. Era la primera vez que un hombre la hacía sentirse así y de daba tanto placer. En realidad, no quería ni pensar en hacer el amor con otro, solo con Raif.

Él apareció en la puerta, a sus espaldas, antes de acercarse y rodearla con los brazos. Entonces, apoyó la barbilla en su cabeza y la miró a los ojos a través del espejo.

–¿Estás bien?

–Mejor que nunca –Shanal sonrió.

–¿No te arrepientes de lo que ha pasado?

–No, en absoluto.

–En ese caso, vuelve a la cama.

Sintió la erección de él y la reacción de su cuerpo fue instantánea. En el espejo, se vio los pezones erguidos y el sonrojo de su piel. Se volvió y alzó el rostro para besarle.

Después de ducharse juntos, prepararon el desayuno y lo comieron en cubierta mientras contemplaban el río.

Shanal se sentía cansada y fortalecida al mismo tiempo. Y por primera vez en varias semanas tenía la sensación de poder enfrentarse a sus problemas sin miedo. Encontraría una solución a la situación en la que se encontraba su padre sin necesidad de que este perdiera su dignidad, una solución que les permitiera a él y a su madre disfrutar los años que les quedaban juntos sin necesidad de que ella sacrificara su propia vida.

–¿Adónde vamos ahora? –preguntó ella mientras recogían la cocina.

–Si te parece, podemos seguir hasta Blanchetown. Una vez allí, podríamos hacer el recorrido histórico o bien ir a visitar el parque natural.

–Me apetecen las dos cosas, así que… ¿por qué no lo decidimos cuando estemos allí?

Continuaron navegando por el río y, antes de que se dieran cuenta, atravesaron el puente Sturt Highway y amarraron en un muelle construido recientemente.

Desembarcaron agarrados del brazo y riendo e inmediatamente se pusieron en camino hacia el centro del pueblo.

Shanal nunca se había sentido tan despreocupada ni le había importado tan poco su aspecto. Ese día llevaba una camiseta de manga larga de Raif debajo de una camisa de lana a cuadros cuyas faldas había atado en un nudo, por encima de los pantalones de la hermana de Raif. Lejos estaba la ropa de diseño debajo de la bata blanca de laboratorio, y jamás se había sentido tan feliz.

Al pasar por debajo del puente, le llamó la atención un movimiento y, al fijarse, vio un inconfundible BMW aparcado cerca de los puntales del puente.

De repente, comprendió el motivo de la extraña sensación que la había sobrecogido el día anterior en el pub, la sensación de que la vigilaban. Burton la había localizado. Debía haber contratado a alguien para que les buscaran por el río. Cosa que no debía haber resultado difícil, ya que Raif había dejado aparcado su todoterreno en el puerto deportivo de Mannum; a partir de ahí, muy fácil. Y localizarles ese día solo había sido cuestión de seguir el curso del río hasta el próximo pueblo desde el lugar en el que habían estado el día anterior.

Un profundo miedo se apoderó de ella y se agarró con fuerza al brazo de Raif.

–¿Qué…? –Raif se interrumpió al darse cuenta de dónde tenía puestos los ojos ella.

Shanal le sintió ponerse tenso y le permitió colocarse delante de ella para protegerla. A pesar de sentir refugio en Raif, los nervios se le agarraron al estómago al ver abrirse la portezuela del coche.

Un hombre alto, de cabello rubio oscuro y delgado salió del vehículo. Como siempre, el aspecto de Burton era impecable. Le vio arquear las cejas al mirarla de pies a cabeza, tomando nota de su aspecto.

–¿Qué te ha pasado, Shanal? –dijo Burton con voz suave–. Esa ropa no es propia de ti.

–¿Qué estás haciendo aquí, Burton? –preguntó Raif en tono exigente antes de que ella pudiera responder.

–¿Que qué hago aquí? He venido a por mi novia, por supuesto.

–No es tu novia y no te pertenece.

–Bueno, eso está por ver –respondió Burton con una sonrisa gélida–. Shanal, me gustaría hablar contigo. A solas.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Lo que más deseaba en el mundo era agarrar la mano de Raif, salir corriendo de allí, subirse al barco, alejarse de allí por el río y no volver la vista atrás. Y podía hacerlo. No le cabía la menor duda de que, si se lo pedía, Raif haría exactamente eso. Pero era realista y consciente de que no podía pasarse el resto de la vida huyendo. Tenía que pensar en sus padres.

–Si no quieres, no estás obligada a hacerlo –le dijo Raif cuando empezó a moverse.

–No pasa nada. Antes o después tendría que hablar con él. Cuanto antes mejor.

Raif la rodeó con un brazo, la atrajo hacia sí y la besó antes de soltarla.

–Me quedaré aquí, esperándote.

Shanal le acarició una mejilla con las yemas de los dedos.

–Lo sé –susurró ella–. Y no sabes lo mucho que eso significa para mí.

–Qué enternecedor –comentó Burton–. Supongo que crees que me llevas ventaja, ¿eh, Masters?

–Siempre te llevo ventaja, Burton.

Shanal notó odio en la voz de Raif al contestar a su enemigo.

–Tiene gracia que digas eso, creo que Laurel opinaba lo contrario. Si no

recuerdo mal, te dejó por mí.

–Ni se te ocurra mencionarla –Raif dio unos pasos hacia Burton, pero ella le puso una mano en el pecho, deteniéndole.

–No, Raif, por favor. Déjalo, lo que quiere es picarte –dijo Shanal.

–¿Que ni se me ocurra? ¿Qué me vas a hacer tú? –dijo Burton con desprecio–. ¿Crees que te vas a quedar con mi novia? No, me parece que no. No olvides que Laurel te dejó por mí, aunque no creo que se lo hayas dicho a mucha gente, ¿verdad? Me prefirió a mí porque dejaste de ser suficiente para ella. ¿Se lo has dicho a Shanal? No, seguro que no le has dicho que estos días en el río con ella para ti solo ha sido una forma de venganza. Querías vengarte de mí por haberte quitado a Laurel.

–Laurel no habría sido feliz contigo, nunca –declaró Raif.

–¿En serio crees eso? Yo diría lo contrario, que Laurel jamás habría sido feliz contigo. Se dio cuenta de que tú no podías ofrecerle lo que necesitaba, pero yo sí. Igual pasa con Shanal.

Burton se volvió a Shanal y añadió:

–Shanal, ¿vienes o no? –esta vez, Burton empleó un tono de voz más suave–. Cielo, no permitas que este tipo te siga engañando. Si vienes conmigo, lo olvidaré todo. Créeme, está contigo no porque te desee, sino por vengarse de mí. Estoy dispuesto a olvidar lo que ha pasado si vuelves conmigo, que es con quien debes estar.

Shanal rogó a Raif en silencio que refutara esas venenosas palabras, segura de que lo que Burton había dicho, que Raif solo estaba con ella por venganza, era mentira.

Pero al ver que Raif no contestaba, tuvo que preguntarle:

–¿Venganza, Raif? ¿Esto ha sido solo una forma de venganza?

Sin moverse, con los ojos fijos en Burton, Raif respondió:

–No.

–Pero te ha pasado por la cabeza, ¿verdad? –insistió Shanal, desesperada por llegar al fondo del asunto.

–A un hombre no se le puede condenar por lo que piense.

Pero sí se podía condenar a alguien por sus acciones. ¿Acaso esos días juntos en el río se habían basado en una mentira? ¿Había sido su noche de amor únicamente el medio para conseguir un objetivo, para vengarse de Burton, en vez de deberse a lo que sentía por ella?

Raif parecía decidido a guardar silencio en vez de despejar las dudas que a ella le asaltaban.

–Shanal, ven conmigo –le ordenó Burton–. Si vienes, te prometo que todo seguirá como antes. Ah, y tengo un mensaje para ti, tu padre me ha dicho que cuenta contigo.

Esas últimas palabras contenían una clara amenaza.

–¿Qué ha querido decir con eso? –le preguntó Raif.

–Nada –respondió Shanal automáticamente, acostumbrada a no revelar el vergonzoso secreto de su padre.

Ya no podía confiar en Raif, ese momento había pasado. Le lanzó una última mirada, suplicándole en silencio que refutara las acusaciones de Burton, que dijera algo que la hiciera volver a confiar en él. No obstante, aunque Raif despejara sus dudas, ella seguía encontrándose entre la

espada y la pared.

Una sensación de inevitabilidad se apoderó de ella y le penetró la mente como una oscura neblina.

–Piensa en todo lo que depende de ti –le recordó Burton–: tu trabajo, que tus padres tengan un techo sobre sus cabezas… Y si crees que a tu padre le preocupa su reputación, imagínate lo que sería para él ver la tuya arrastrada por el barro.

Shanal se mordió los labios para contener un grito de protesta. Pero si no se iba con Burton, perdería el trabajo y la reputación, y a Burton no le resultaría difícil utilizar su influencia para conseguir que ninguna empresa en Australia le diera empleo. Y buscar trabajo en el extranjero, cuando sus padres la necesitaban tanto, era algo en lo que ni siquiera podía pensar. Pero sin trabajo, ¿cómo iba a ayudar a sus padres?

–Estoy perdiendo la paciencia –declaró Burton con una desagradable mueca–. Decídete ya, cariño. Se te está acabando el tiempo.

Fue lo que Burton no dijo lo que la obligó a tomar una decisión. La amenaza velada era que iba a hacerles la vida imposible a sus padres y a ella. Solo había una solución.

–Está bien, voy. Pero deja que me despida de Raif… a solas.

–Dos minutos, ni uno más –respondió Burton al tiempo que se volvía y se dirigía a su coche.

En el momento en que la puerta del vehículo se cerró, Raif la agarró por los brazos.

–No es necesario que vayas con él –le dijo con urgencia.

Shanal le miró a los ojos y, en ese momento, se dio cuenta de que era el final de lo que habían vivido juntos.

–Sí, lo es. Escucha, sea el motivo que sea por el que me has ayudado, te agradezco todo lo que has hecho por mí.

–¿Qué hay de nosotros?

–Buena pregunta. Dime, ¿es verdad lo que Burton ha dicho respecto a que quieres vengarte de él?

–Shanal, no voy a mentir, y menos a ti. Burton y yo nos detestamos y es verdad que, en su momento, sentí un cierto placer al saber que ayudarte a escapar le iba a sacar de quicio.

Las palabras de Raif se le clavaron como pequeños puñales en el corazón.

–Eso es todo lo que necesitaba saber.

–Pero no es eso todo, Shanal –continuó Raif–. Puede que fuera eso al principio, en el parque, pero ya no. Lo que siento por ti, Shanal, no tiene nada que ver con eso.

–¿Cómo esperas que te crea? –preguntó ella con lágrimas en los ojos–. Dejemos las cosas claras, Raif. Nos hemos pasado la vida discutiendo, nunca estábamos de acuerdo en nada y tampoco éramos amigos. Soy una tonta, debería haber cuestionado los motivos por los que parecías tan dispuesto a ayudarme a escapar.

Además, ¿qué importancia tenía si creía a Raif o no? No podía quedarse con él aunque fuera verdad que Raif la quisiera. Solo tenía una alternativa: volver con Burton.

Shanal se apartó de Raif.

–Tengo que marcharme.

–Deja que se vaya.

–No puedo.

Con gran esfuerzo, Shanal se dio media vuelta y caminó hasta el coche. Burton salió para abrirle la puerta.

–La historia se repite, Masters –dijo Burton en tono burlón–. Me quedo con la chica de nuevo.

Capítulo Siete

Con tensa perplejidad, Raif vio alejarse el BMW. No podía creer lo que acababa de ocurrir. Shanal le había dejado para irse con Burton.

Una profunda furia se apoderó de él. Burton era un veneno, había tergiversado la verdad de lo que había ocurrido en el pasado. Pero… Shanal debía haberse dado cuenta, ¿no?

En ese caso, ¿por qué se había ido con Burton? Debía haber algo que él desconocía. Shanal era una mujer inteligente y era imposible que no se diera cuenta de cómo era Burton en el fondo. Burton no hacía nada que no fuera en provecho suyo, siempre tenía que estar por encima de todos y de todo sin importarle cómo lo conseguía.

Pero lo único importante era que la mujer que le había dejado extasiado, tanto física como mentalmente, le había dejado.

Raif volvió a la barcaza. Ahora que ya no tenía nada que hacer ahí, debía bajar el río y regresar a su casa. Mientras caminaba hacia el muelle, reflexionó sobre todo lo que había ocurrido durante los últimos cuatro días. En tan poco espacio de tiempo le parecía haber agotado una vida entera.

Ya bajando por el río, Raif se permitió repasar mentalmente su enfrentamiento con Burton. Aunque no habían hablado explícitamente, había habido algo entre Shanal y Burton que no lograba entender. Otra cosa de la que estaba seguro, a juzgar por el lenguaje corporal de ambos, era que Shanal y Burton no se comportaban como amantes, ni siquiera en la catedral a punto de casarse. En realidad, tenía la impresión de que, para Burton, Shanal era una especie de trofeo, no la mujer con la que quería pasar el resto de la vida.

El instinto le decía que había algo más en todo aquello y el instinto nunca le había fallado. Y aunque se equivocara respecto a Shanal, necesitaba descubrir la verdad. Si tenía razón, estaba seguro de poder convencerla de que dejara a Burton de una vez por todas. Y esta vez lograría mantenerla a su lado y protegerla.

Mac estaba esperándole en el puerto deportivo.

–¿Todo bien? –le preguntó su amigo.

–Sí, sin problemas –respondió Raif tirándole la cuerda para amarrar la barcaza.

–¿Dónde está tu amiga?

–Se ha marchado con su novio –Raif no pudo contener una nota amarga en su voz.

–¿Su qué?

–Lo que has oído, su novio, Burton Rogers. ¿Te acuerdas de él?

–Claro que me acuerdo de él, y no quiero volver a verle en la vida. No comprendo cómo Laurel te dejó por ese tipo. Algo debí hacer mal al educarla para que mostrara tan poco juicio. Pero creo que ella se encaprichó no con él, sino con lo que Burton podía ofrecerle. Prefiero pensar que, de seguir viva, Laurel se habría dado cuenta de cómo es y le habría dejado.

Raif emitió un gruñido a modo de respuesta. Al fin y al cabo, ¿qué podía decir, que se había echado atrás cuando ella le lanzó un ultimátum cuando le dijo que o se casaban o le dejaba?

–¿Qué ha pasado? –le preguntó Mac.

Tras bajarse del barco, Raif le relató lo ocurrido con brevedad.

–¿Y la has dejado marcharse? –había una nota de censura en la voz de Mac.

Raif quiso negar la acusación con vehemencia, pero no pudo.

–Shanal no es mía, no podía hacer otra cosa.

–En mi opinión, si uno quiero algo, tiene que hacer un esfuerzo por conseguirlo –comentó Mac.

–Yo pienso lo mismo –declaró Raif al tiempo que agarraba su bolsa–. Y eso es justamente lo que voy a hacer.

Shanal se colocó el bolígrafo sobre la oreja y se frotó los ojos. Aunque era tarde y seguía en el laboratorio, el trabajo no había logrado aliviar la tensión que sentía. Sentada delante del escritorio, echó la silla hacia atrás y clavó los ojos en la ventana, en una noche oscura que se hacía eco de lo que le esperaba en el futuro. Y el temor la hizo temblar.

El martes de la semana anterior, por la tarde, después de que Burton la dejara en casa de sus padres, ella no les había dado ninguna explicación. Pero en un momento en mitad de la noche había oído a su madre moviéndose por la casa y había ido a verla.

Todavía no se había librado del sentimiento de culpa que la había sobrecogido al ver a su madre paseándose por el cuarto de estar con el ceño fruncido por la preocupación. Ella tenía la culpa de que su madre no hubiera podido dormir después de pasarse el día entero cuidando de su marido. Y sabía que, si se casaba con Burton, todos los problemas de sus padres se resolverían.

Se le había presentado una segunda oportunidad, a pesar de que ello acabaría con todos sus sueños y esperanzas. No obstante, no tenía otra alternativa, debía hacerlo por sus padres. Ellos le habían dado todo y ella debía corresponderles. Era así de sencillo.

Y de duro.

Burton se había mostrado civilizado con ella a partir del momento de devolverla a su casa, era la única forma en que podía describir la fría educación con la que la saludaba todos los días al llegar al trabajo.

De repente, captó la imagen de Burton reflejada en el cristal de la ventana. Era como si sus pensamientos le hubieran llevado a su despacho.

Shanal se puso en pie.

–Llevas ya una semana de vuelta en casa –declaró él con calma–. ¿No te

parece que ya es hora de que hablemos de nuestra boda?

–Yo…

–He sido muy razonable, Shanal. Te he concedido una semana para volver a la normalidad después de tu desafortunado comportamiento. Sin embargo, debes darte cuenta de que no voy a pasarme la vida esperando. Quiero que seas mi esposa, así que fija la fecha de nuestra boda.

Shanal contuvo un suspiro.

–El doce de septiembre –respondió ella con la firmeza de que fue capaz–. Pero, esta vez, nada de una boda a lo grande. Una celebración íntima.

Burton asintió.

–Excelente. Me encargaré de los preparativos. Me alegro de que hayas recuperado el sentido común. El doce de septiembre me viene muy bien, ya habré vuelto.

–¿Que habrás vuelto? ¿De dónde?

Burton no había mencionado ningún viaje.

–Tengo que ir a nuestra filial de California. Ha surgido algo inesperado que hay que tratar con urgencia. Me marcho mañana.

Shanal trató de disimular su alivio.

–¿Problemas? –preguntó ella.

–Nada que no pueda solucionar –respondió él con voz suave.

Burton se acercó a ella, le agarró la barbilla y bajó la cabeza para besarla. Los labios de Burton eran suaves y fríos, como él mismo. A pesar de la invitación, ella se negó a abrir los labios. Aquello no se parecía en nada a lo que sentía con Raif; en vez de deseo, Burton le producía un profundo desagrado; en vez de excitación, le provocaba miedo.

Suponía que acabaría entregándose a él; pero ahora, con el recuerdo de Raif tan vivo aún, el abrazo de Burton le resultó una farsa.

Shanal dio un paso atrás y Burton la soltó. Después, le lanzó una mirada impasible.

–No estaría mal que mostraras un poco más de entusiasmo cuando te toque. Ah, y supongo que no tengo que decirte que te mantengas alejada de Raif Masters.

Tras esas palabras, una amenaza en el fondo, Burton se dio media vuelta y se marchó.

Shanal sabía lo que pasaría si volvía a ver a Raif y Burton se enteraba: Burton llevaría a cabo sus amenazas.

Raif aparcó el coche delante de la casa de los padres de Shanal.

Aunque la había llamado el viernes al trabajo y a casa durante el fin de semana, Shanal se había negado a ponerse al teléfono. Preocupado, había ido a las oficinas de Burton Internacional con la intención de verla, pero dos agentes de seguridad le habían acompañado hasta la puerta, echándole sin contemplaciones. Lo que no sabía era quién había dado la orden, si Burton o Shanal.

Ya solo le quedaba la casa de los padres.

Raif sabía que el señor y la señora Peat no se encontraban en casa

porque, de camino, había visto su coche yendo en sentido contrario.

Después de agarrar la bolsa grande de basura del asiento contiguo, Raif salió del coche. Aunque no vio el coche de Shanal por ninguna parte, llamó a la puerta.

Nada.

Fue unos segundos más tarde cuando vio el pequeño vehículo de Shanal acercarse a la casa lentamente. Desde el porche, pudo ver que Shanal había reconocido su Maserati. Poco después, la vio aparcar y mirar en dirección a la puerta.

Al verle, Shanal palideció y sus ojos se agrandaron. Durante un momento, temió que Shanal diera marcha atrás y se alejara de allí a toda prisa. No obstante, Shanal salió del vehículo lo más rápido que pudo y corrió hasta la puerta.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó ella con angustia al tiempo que volvía la cabeza para mirar a un lado y a otro de la calle como si temiera estar siendo vigilada.

–He venido a devolverte eso. Pensé que quizá fueras a necesitarlo pronto –respondió Raif.

Shanal hizo una mueca.

–Gracias –respondió ella secamente al tiempo que arqueaba las cejas mirando el poco respetable envoltorio que contenía el vestido de novia. Pero aceptó la bolsa de plástico y se echó a un lado, como si esperara que él se marchara.

–Tenemos que hablar –dijo Raif.

–No, no tenemos nada que decirnos. Márchate, por favor.

–No voy a marcharme hasta que no contestes al menos a una pregunta que quiero hacerte.

–De acuerdo. Adelante, pregunta –respondió ella volviendo a mirar a ambos lados de la calle.

–¿Por qué te vas a casar con él?

–Porque tengo que hacerlo. Ya has hecho tu pregunta y yo he respondido. Ahora, vete. Si Burton se enterase de que estás aquí…

–¿Qué? –interrumpió él–. ¿Qué puede hacerte Burton?

–Raif, por favor, márchate –insistió Shanal en tono suplicante.

Raif notó que Shanal tenía miedo.

–¿Qué pasa? ¿Es que no puedes hacer nada sin permiso de él? ¿En serio vas a decirme que quieres casarte con Burton, que es el hombre con el que quieres pasar el resto de tu vida?

–Raif, es el hombre con el que me voy a casar. Eso es todo.

Raif se pasó una mano por el cabello y guardó silencio.

–No lo entiendo. ¿Por qué Burton? Sé que no le quieres. Una mujer como tú… En fin, dudo que te hubieras entregado a mí como lo hiciste si estuvieras enamorada de él. A menos que… a menos que me estuvieras utilizando, que estuvieras jugando conmigo por algún motivo que desconozco. ¿Fue solo eso?

Shanal palideció aún más. Se le cayó la bolsa de plástico y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿Cómo puedes creer que haría algo

así?
–¿Es verdad o no?
Shanal sacudió la cabeza con vehemencia.
–No, claro que no. Y ahora que ya he contestado a varias preguntas, no solo a una, te pido por favor que te vayas.
Shanal abrió su bolso, sacó la llave y, con manos temblorosas, la introdujo en la cerradura.
–No voy a darme por vencido, Shanal. No olvides que le dejaste plantado delante del altar.
–Eso fue una equivocación mía. Descubrir que me utilizaste para vengarte de Burton hizo que me diera cuenta de lo que tengo que hacer –respondió Shanal después de abrir la puerta, dispuesta para entrar.
–Vamos, Shanal, ¿en serio crees que lo que ha habido entre los dos se debe a que quería vengarme de Burton?
Shanal suspiró.
–No –admitió ella. Y empezó a cerrar la puerta.
–Quiero que sepas que puedes contar conmigo, Shanal. Aunque no entienda por qué estás haciendo lo que estás haciendo, aquí estoy. ¿Me has entendido?
–No te necesito, Raif. Tengo a Burton. Adiós.
Shanal cerró la puerta.
Raif estuvo a punto de llamar para exigirle explicaciones, pero sabía que sería inútil. Volvió a su coche y, durante el trayecto de regreso a su casa, repasó mentalmente la conversación con Shanal. Ni una sola vez ella había dicho que quería a Burton. En ese caso, ¿por qué iba a casarse con él?
El amor debía ser la base de un matrimonio. El matrimonio era un compromiso para toda la vida, la unión de dos personas. ¿Qué sentido tenía un matrimonio sin amor?
Mientras conducía, Raif se dio cuenta de que lo que más deseaba en el mundo era casarse con el ser amado, y ese ser era Shanal. La quería, desde la adolescencia. Por eso se había mostrado tan reticente a comprometerse con nadie más.
Aceptar ese hecho le procuró una extraña sensación de paz y renovada energía para lograr su propósito.
Shanal Peat le pertenecía, lo único que tenía que hacer era convencerla de ello, ganarse su confianza. Entonces, solo entonces, Shanal le revelaría el verdadero motivo por el que había decidido casarse con Burton.

Capítulo Ocho

Shanal miró al médico con expresión de incredulidad. ¿Embarazada?

No, no podía estar embarazada, no era posible, no podía creerlo.

Era consciente de que el médico seguía hablando y de que debía responder, pero las palabras del doctor le resultaban incomprensibles. Había ido a la consulta, a insistencia de su madre, para hacerse una revisión médica porque llevaba unas semanas sin encontrarse bien y bastante pálida. Lo había achacado a los nervios previos a la boda, que iba a tener lugar en dos semanas, y al exceso de trabajo. Pero aquello…

Sufría una tensión añadida debido a las llamadas diarias de Burton, a pesar de estar segura de que Burton había contratado a gente para que la vigilara en todo momento. La otra noche, cuando Burton le dio la desagradable sorpresa de que había solucionado el asunto que le había llevado a California, se había llevado un disgusto. Estaría de vuelta al día siguiente. Le había colgado el teléfono hecha un manojo de nervios y se había ido directamente al baño a vomitar.

Esa misma mañana su madre había insistido en que fuera a ver al médico. Y ahora… esto.

Se llevó una mano al vientre automáticamente. En su vientre llevaba la semilla de Raif.

Era lo peor que podía ocurrirle en ese momento. Solo habían hecho el amor sin preservativo una vez y ella solo llevaba tres días sin tomar la píldora. Por supuesto, había creído que la posibilidad de quedarse embarazada era casi nula.

La cabeza le daba vueltas. Iba a ser madre.

Sentía una mezcla de miedo y alegría. ¿Qué iba a hacer? Desde luego, no podía casarse con Burton después de que Raif la hubiera dejado embarazada. ¿Qué les iba a decir tanto a Burton como a Raif?

Seguía sin saber qué hacer cuando salió de la consulta y se subió al coche. Había metido en el bolso los folletos informativos que la enfermera le había dado, sin mirarlos. De momento, tenía la mente saturada.

No podía engañar a Burton, que sabía que él no podía haberla dejado embarazada. Burton había aceptado su requerimiento de no acostarse con ella hasta la noche de luna de miel. Ahora, temía su reacción.

Shanal puso en marcha el coche y emprendió el camino a la casa de sus padres. Ese día no podía hacer nada; al día siguiente, cuando se encontrara con Burton, ya vería qué hacía.

El sábado, después de la llamada de Burton para comunicarle que ya había vuelto, Shanal agarró el coche y se dirigió a su casa en el centro de la ciudad. Burton se había mostrado encantado de que quisiera ir a verle, pero dudaba que el contento le durara mucho, pensó mientras subía en el

ascensor.
La puerta del piso de Burton se abrió antes de que a ella le diera tiempo a tocar el timbre.
–Pasa –dijo Burton antes de inclinarse para besarla. La expresión de él se tornó fría y dura después de que ella volviera el rostro, ofreciéndole solo la mejilla–. Te he echado mucho de menos, querida. ¿También me has echado de menos?
–He tenido tanto trabajo que…
Burton lanzó una carcajada que sonó artificial en aquel apartamento de impecable decoración sin calided. No se había fijado nunca, pero ahora le parecía completamente impersonal. Lo contrario a la casa de Raif que, aunque moderna, era cálida y cómoda.
–Me halaga que tuvieras tantas ganas de verme. Dime, ¿qué puedo ofrecerte? ¿Café, té?
Shanal reprimió una nausea.
–Un vaso de agua, gracias.
Burton se la quedó mirando.
–¿Te pasa algo, Shanal? Te veo muy pálida.
La ocasión perfecta para revelar el motivo de su visita, pero no encontró palabras. ¿Cómo decirle a su prometido que otro hombre la había dejado embarazada? Y no un hombre cualquiera, sino el hombre al que Burton más odiaba.
–Últimamente no me encuentro muy bien –admitió ella aceptando el vaso de agua que él le ofreció.
–Espero que no sea nada grave. ¿Has ido al médico?
Superficialmente, Burton se mostraba preocupado. Pero ella notó el duro brillo de sus ojos mientras la observaba como si temiera encontrar alguna imperfección en ella.
–No, no es nada grave –Shanal se mordió los labios–. Y sí, he ido al médico. Me ha dado una noticia sorprendente.
–¿Una noticia? –Burton dejó de fingir preocupación–. Ve al grano, Shanal. ¿Qué te pasa?
–Estoy embarazada.

Burton palideció primero y después enrojeció.
–¿Embarazada?
–Sí, lo sé, yo también me he llevado una gran sorpresa.
–¡Una sorpresa! ¡Qué desfachatez! Los dos sabemos que no he sido yo. No has dejado que te toque.
–Lo acordamos los dos, Burton –señaló ella en defensa propia.
–¡Sí, pero no imaginé que fueras a dar rienda a la pasión y a acostarte con Raif Masters! –le espetó él.
Shanal parpadeó, nunca había visto a Burton encolerizado. Aunque, por supuesto, comprendía que estuviera disgustado.
Era algo inesperado y debían enfrentarse a ello.
–Tendrás que abortar, por supuesto –declaró él.
–¿Qué? –Shanal no podía creer lo que acababa de oír.

–He decidido olvidar el hecho de que te hayas acostado con Raif Masters y no tenerlo en cuenta, pero no voy a aceptar a su cría en mi nido. Vas a abortar –dijo Burton en tono imperioso–. Y lo vas a hacer antes de la boda.

–¿Que voy a abortar?

–Sí, eso he icho. Voy a ser muy claro, Shanal. No voy a tolerar tu embarazo un segundo más del estrictamente necesario. No olvides todo lo que está en juego. Si te niegas a abortar puedes olvidarte del dinero que tanto necesitan tus padres y también de tu trabajo en Burton Internacional. No solo eso, te aseguro que no volverás a encontrar empleo en tu campo de trabajo.

Burton se interrumpió unos segundos y añadió:

–Pregúntate qué es lo que quieres. La elección es tuya. Pero si decides quedarte conmigo, será sin tu hijo.

El cuerpo entero le tembló. No podía creer lo que le había exigido Burton. Rechazaba el ultimátum con todo su ser, pero… ¿qué otra opción le quedaba? Su madre se pasaba el día cuidando de su padre y, además, nunca había trabajado. Aunque su madre pudiera encontrar trabajo, estaría mal pagado y sería insuficiente para cubrir los gastos que tenían. La vida de su madre se había centrado exclusivamente en su marido y en su hija. Podían vender la casa y con ello pagar las deudas, pero… ¿dónde vivirían? ¿Cómo iban a sobrevivir?

La propuesta de Burton era simple: si ella se casaba con él, continuaría trabajando en la empresa y procuraría la estabilidad económica que su familia necesitaba, pero tendría que perder al hijo del hombre que había hecho todo lo que ella le había pedido sin exigir ninguna explicación.

–¿Cuál es tu decisión, Shanal? –insistió Burton.

¿Podría hacer lo que Burton quería que hiciera? Mirándole, tragó saliva.

Entonces, con una voz extraña a sus oídos, respondió:

–Me casaré contigo.

Entonces, Shanal observó con horror la sonrisa de Burton. ¿Cómo había podido pensar que ese hombre era guapo?

–No te preocupes por nada, querida –dijo Burton con sonrisa de cocodrilo–, yo me encargaré de todo. Además, no podemos permitir que un embarazo te estropee ese pequeño y bonito cuerpo que tienes, ¿verdad?

Las palabras de Burton le helaron la sangre. Podía entender que no quisiera criar al hijo de Raif, pero Burton acababa de decir implícitamente que no quería que se quedara embarazada nunca.

–Burton, ¿estás diciendo que no quieres tener hijos?

–Cuando queramos tenerlos, será por gestación subrogada. No quiero que nada estropee tu perfección, Shanal. Nunca. Todavía me acuerdo de la primera vez que te vi y tuve la certeza de que algún día serías mía. Y luego, cuando solicitaste empleo en mi empresa, casi no podía creer la suerte que había tenido. El nuestro será un matrimonio perfecto y juntos conseguiremos que Burton Internacional, en su campo de actividad, sea la empresa número uno en el mundo.

Por una parte, Shanal se dio cuenta de que Burton, desde el primer momento, había decidido casarse con ella. Por otra, que había conseguido su puesto de trabajo en el laboratorio gracias a su aspecto físico, no a sus

méritos.
Nunca se había sentido tan mujer objeto. Detestaba a ese hombre.
Ignorando el malestar de ella, Burton continuó:
–Dime, ¿vas a llevar el exquisito vestido de boda que llevabas la primera vez? Estoy deseando verte con él.
Cuando Shanal salió de casa de Burton se sentía herida y con la sensación de estar comiendo la mayor equivocación de su vida. Raif había intentado avisarla meses atrás y ella no había querido escucharle. No obstante, hasta ese momento no se había dado cuenta de lo sumamente odioso que era Burton.
Burton, de cara al exterior, presentaba una imagen de hombre con encanto, cosmopolita y educado, pero en el fondo era calculador y déspota. Y ella había aceptado unirse a él y pasar el resto de su vida con ese hombre, consciente de que Burton no la quería como persona, sino como objeto. No era eso lo que había creído al aceptar su propuesta de matrimonio la primera vez; aunque, subconscientemente, debía haberlo sabido. Si no, ¿por qué le había dejado plantado delante del altar y había huido a toda prisa? Ojalá se hubiera dejado llevar por el instinto desde el principio.
¿Cómo iba a casarse con él?
Pensó en sus padres, en su padre en la silla de ruedas, en su madre cuidándole sin descanso.
¿Y cómo no iba a hacerlo?

El lunes por la mañana, en el trabajo, Shanal recibió una llamada para que fuera a ver a Burton a su despacho.
Se alisó la bata blanca con manos temblorosas y llamó a la puerta.
–Entra –respondió él.
–¿Querías verme? –preguntó después de entrar.
Burton estaba de espaldas a ella, contemplando el impecable jardín. Entonces, despacio, se volvió.
Al mirarle un escalofrío le recorrió el cuerpo, cerró las manos en puños y se las metió en los bolsillos de la bata.
–¿Cómo te encuentras, querida? –le preguntó Burton con una.
–Muy ocupada –respondió ella escuetamente.
Lo que era verdad, tenía mucho trabajo en el laboratorio.
–Me alegro de que sigas tomándote tan en serio tu trabajo. Pero respecto a la otra cuestión… –Burton hizo una mueca de desagrado–. En fin, supongo que te alegrará saber que te he pedido cita en una clínica privada para pasado mañana. Así tendrás diez días antes de la boda para recuperarte del todo.
–¿El miércoles? ¿Tan pronto?
–No tiene sentido retrasarlo –declaró él con frialdad–. Iré a recogerte a tu casa por la mañana y te llevaré a la clínica personalmente.
Sin duda para asegurarse de que cumplía con lo que él le exigía.
–¿Eso es todo? –preguntó Shanal, desesperada por huir a la opresión que sentía en presencia de Burton.

–Sí, por el momento –contestó él antes de volverse de cara a la ventana e ignorarla, como si su presencia fuera irrelevante ahora que él ya había dictado sus órdenes.

Shanal entró en su despacho y cerró la puerta firmemente antes de sentarse en su silla. Después, se quedó mirando ciegamente la pantalla del ordenador.

Podía hablar con Raif… En realidad, debía hablar con Raif y decirle lo de su embarazo. No tenía ninguna duda de que tanto él como su familia la abrazarían y la recibirían instantáneamente en el seno de su familia. Pero… ¿y sus padres? ¿Y su carrera profesional? Si no cumplía las órdenes de Burton, tendría un hijo, pero destrozaría las vidas de las personas a las que más quería en el mundo, a las únicas que tenía.

¿Qué hacer?

El miércoles por la mañana, Shanal se despertó con una profunda sensación de pérdida. Apenas había dormido y, mientras se preparaba para ir a la clínica, se sintió débil y vulnerable.

Burton iba a llegar en cualquier momento y ella debía estar lista, pero le costó un gran esfuerzo ducharse, vestirse y meter en una bolsa lo que iba a necesitar.

Por suerte, iba a salir de casa antes de que sus padres se levantaran. No quería verles antes de la operación. No les había dicho nada, ni del embarazo ni del aborto, porque no quería que su padre se sintiera más culpable de lo que ya se sentía. Mejor que no se enteraran de nada.

Salió de la casa en el momento en que vio los faros del coche de Burton.

–¿Lista? –le preguntó él cuando ella se hubo acoplado en el asiento del BMW.

Shanal, incapaz de pronunciar palabra, asintió. Aquello era una equivocación, una gran equivocación.

Burton extendió el brazo y le dio unas palmadas en la rodilla.

–No te preocupes, Shanal, todo va a salir bien.

¿De verdad? ¿Atada a un hombre mucho más cruel de lo que nunca hubiera imaginado, un hombre únicamente interesado en sí mismo sin que nadie más le preocupara? ¿Un hombre que había recurrido al chantaje para conseguir que ella permaneciera a su lado? Raif había intentado decírselo, pero ella no había querido escucharle.

¿Cuánta gente había sido víctima de Burton en búsqueda de la perfección?

Guardaron silencio durante el camino a la clínica. Al llegar, Burton la acompañó a la recepción y, después de dejarla en manos del personal del centro, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

–Avísame cuando hayas acabado para que venga a recogerte –dijo Burton–. Estás haciendo lo que debes, Shanal. Nuestra vida juntos va a ser perfecta. Ya lo verás.

¿Perfecta? Shanal se tragó la bilis que le subió por la garganta. Perfectos habían sido los días en el río Murray. Perfecta había sido la noche con Raif Masters.

Tuvo que contener las lágrimas cuando se volvió a la enfermera para confirmar sus datos. Pero, al mismo tiempo, sintió un gran alivio al verse libre de la presencia de Burton.

La enfermera, comprensiva y profesional, la llevó a su cuarto para que se quitara la ropa y se pusiera la bata de hospital. Después, le explicó el procedimiento: iban a hacerle unas pruebas y un escaneo antes de la pequeña operación. Tras la operación, breve, pasaría dos horas descansando bajo observación médica antes de irse a casa a descansar.

Pero cuando llevaron el equipo de escaneo al cuarto y se destapó el vientre, Shanal decidió que no iba a interrumpir la gestación. Quería tener un hijo, lo deseaba de todo corazón.

–¡No! No voy a hacerlo. Voy a tener un hijo.

–¿Está segura, señorita Peat? Es bastante normal tener dudas –dijo la enfermera, su rostro era una máscara de compasión.

–Nunca he estado tan segura en mi vida –respondió Shanal.

Al momento, se sentó en la cama y se quitó el gel del vientre con la bata de hospital.

–Me voy a casa y voy a tener un hijo –añadió Shanal con decisión.

Cuando el taxi la dejó delante de la casa de sus padres, Shanal suspiró de alivio. Iba a hablar con sus padres; después, se las vería con Burton.

Encontró a sus padres, que estaban sentados a la mesa de la cocina.

–¿Cómo es que has vuelto tan pronto, *pyaari beti*? ¿Ha pasado algo?

«Querida hija», le había dicho su madre, haciéndola sonreír. Aunque su madre había abrazado el estilo de vida de aquel país con la misma entrega y cariño que mostraba por su marido australiano, era una mujer de la India y, a veces, salpicaba sus frases con términos en hindi incomprensibles para los angloparlantes.

–Necesito hablar con vosotros. ¿Tenéis tiempo?

Shanal se sentó a la mesa y aceptó la taza de té que su madre, automáticamente, le puso delante.

–Claro que… tenemos tiempo. ¿Qué… íbamos a hacer? –dijo su padre, que hablaba forzadamente debido a su enfermedad–. Aquí nos… tienes… para lo que sea. ¿Qué… te pasa?

Le dio la impresión de que su padre hablaba con mayor dificultad, su madre y ella se miraron. La enfermedad le estaba quitando la vida a su padre poco a poco. No obstante, no le había afectado al cerebro y ella quería hablar con ambos.

Empezó por el día de la fallida boda. Sus padres, menos mal, no le hicieron preguntas mientras les explicaba lo ocurrido. Pero oyó el sollozo ahogado de su madre cuando les contó que Burton había insistido en que interrumpiera la gestación.

–Como sé que comprenderéis, no he podido hacerlo. Lo que me deja en una posición muy difícil.

–¿Estás enamorada de Raif? –le preguntó su madre.

Shanal contuvo el aliento. ¿Le amaba? Sabía que Raif le atraía, algo contra lo que había luchado durante años… hasta el momento en que él

asumió el papel de príncipe azul y la ayudó a escapar de un matrimonio que no deseaba, llevándola a un refugio que la había hecho olvidarse momentáneamente de sus problemas. El deseo de besarle le había salido de lo más profundo de su ser. Hacer el amor con él le había procurado la satisfacción que siempre había anhelado. ¿Significaba eso que amaba a Raif?

De repente, sintió que un peso se le quitaba de encima y un tierno calor se apoderó de ella.

–No lo sé –contestó Shanal–. Pero… creo que sí.

–En ese caso, cásate con Raif –declaró su madre sin más–. Raif sabe lo del embarazo, ¿verdad?

–No es tan sencillo –replicó ella con voz suave y los ojos fijos en su padre–. No me fío de él. Me utilizó para vengarse de Burton.

–¿Tú crees? –comentó su madre al tiempo que se ponía en pie para preparar otro té–. Por lo que has contado, debió pasársele por la cabeza al principio, pero solo al principio; luego, no.

–Eso es lo que me dijo –admitió Shanal.

–Entonces, no veo por qué no le vas a creer. ¿Te ha mentido alguna vez? ¿Te ocultó la verdad cuando le preguntaste?

–No. Pero hay que tener en cuenta otras cosas. Si no me caso con Burton, perderé el trabajo en Burton Internacional y, además, está el asunto de la cláusula de mi contrato en la que se estipula que si dejo la empresa no podré trabajar en mi campo de trabajo durante dos años; al menos, en Australia. Fue una estupidez por mi parte firmar la cláusula, lo sé, pero no me di cuenta de las consecuencias.

Los ojos de su padre mostraron que había comprendido el mensaje implícito en las palabras de ella. A continuación, vio remordimiento en la expresión de su padre. Los tres sabían que, sin su sueldo, no podrían sobrevivir.

–No sé qué hacer.

Shanal se puso en pie, agarró la taza de té y se fue a su habitación. Allí, rodeada de recuerdos del pasado, pensó en lo que sentía por Raif. En teoría, lo que debía hacer inmediatamente era decirle a Burton que había decidido seguir adelante con el embarazo y que no se iba a casar con él.

Pero al instante recordó la expresión de su padre. Su vida había sido un calvario desde el incidente que había causado la muerte de su paciente. La vergüenza y el dolor que eso le había producido habían acelerado el progreso de su enfermedad.

En ese momento, Shanal oyó la silla de ruedas de su padre y levantó la cabeza.

–¿Estás… bien? –le preguntó su padre mirándola con el mismo cariño de siempre.

–Sí, papá, no te preocupes, estoy bien. Todo se va a solucionar, te lo prometo.

Su padre la miró fijamente. Después, lanzó una quebrada carcajada.

–Tu madre… ha… decidido que… se va a poner… a trabajar.

Shanal sacudió la cabeza.

–No, no puede. Tiene que quedarse contigo en casa.

Su madre eligió ese momento para aparecer delante de la puerta. Le apoyó las manos en los hombros a su marido y se los apretó con cariño antes de alzar la barbilla con gesto desafiante y decidido.

–En cualquier caso, *pyaari beti*, no es justo que asumas la responsabilidad de nuestras vidas, y mucho menos ahora que vas a tener un hijo. No queremos que te sacrifiques por nosotros.

–Te… queremos –añadió su padre–. Debes… hacer lo… que… sea mejor… para ti.

Cuando sus padres la dejaron sola, Shanal se maravilló del cariño que seguían sintiendo el uno por el otro. Eso era lo que ella quería para sí, un amor de verdad, sólido, capaz de sobrevivir los buenos y los malos momentos, la salud y la enfermedad. Y eso jamás lo tendría con Burton.

¿Se resignaría a vivir sin ese amor?

Se llevó una mano al vientre. Tenía responsabilidades, para con su hijo aún no nacido y para con sus padres. No le quedaba más remedio que casarse con Burton, no tenía alternativa. Y cuando Burton descubriera que no había interrumpido el embarazo… en fin, cuando llegara el momento, ya vería qué hacía.

Capítulo Nueve

Raif paseaba de un lado a otro en la sala de cata de los viñedos Masters ignorando la alegre expresión de su primo Ethan.

–Claro que la quiero. ¿Crees que estaría así de histérico si no la quisiera? –dijo Raif.

–En ese caso, ¿por qué no haces algo al respecto? –comentó Ethan apoyando la espalda en el respaldo del asiento mientras agitaba una copa de *shiraz*.

–¿Como qué? Se niega a verme, no responde a mis llamadas, me han prohibido la entrada en Burton Internacional…

–¿En serio? –Ethan lanzó una carcajada–. ¿Te han prohibido la entrada a su lugar de trabajo?

Raif apretó los dientes al tiempo que trataba de controlar su frustración.

–No tiene ninguna gracia.

Ethan adoptó una actitud seria y se incorporó en el asiento.

–Pues tendrás que encontrar el modo de verla. Si es tan importante para ti, no te queda otro remedio. Ya la secuestraste una vez, te recomiendo que vuelvas a hacerlo. No debe ser tan difícil. Aunque sigo sin poder creerlo. Tú y Shanal.

–¿Qué tiene de raro?

–Os habéis pasado la vida discutiendo. Si ella decía negro, tú que blanco. Si tú hablabas de cultivos biológicos, ella se ponía a escribir un tratado sobre las ventajas de la química.

Raif tuvo que admitir que, en apariencia, así había sido. Pero, a solas en la barca, la animosidad entre ambos se había desvanecido. Lo habían pasado muy bien juntos, habían sido felices. Y, en lo más profundo de su ser, sabía que ella sentía algo por él. ¿Amor? Al menos, esa era su esperanza. Lo único que sabía con certeza era que Shanal no se iba a casar con Burton por amor, aunque el porqué le era desconocido. Las razones por las que se iba a casar con él le habían producido pesadillas en el barco, la primera noche. Sintiera lo que sintiese por Burton, no era amor. En realidad, daba la impresión de que le tenía miedo.

–¿Por qué no la invitas a que venga a comer contigo y con Isobel? Y, cuando llegue, os marcháis y me dejáis solo con ella. ¿Harías eso por mí? –preguntó Raif como si aquello fuera su última esperanza.

–¿Quieres que me arriesgue a perder a una amiga de toda la vida? Sería un engaño.

Raif se pellizcó la nariz y cerró los ojos durante un minuto. Estaba pidiéndole demasiado a su primo, no era justo. Aunque tampoco lo era la situación en que estaba. Además, había algo que no encajaba, como si Burton los estuviese manipulando a todos.

Raif abrió los ojos. Solo había una respuesta a la pregunta de Ethan.

–Sí, quiero que te arriesgues.

Su primo asintió y después suspiró.

–Está bien, lo haré. Pero no me eches la culpa si todo sale mal.

–No lo haré –le aseguró Raif.

Sin más, Ethan agarró su móvil y llamó a Shanal.

Tras los saludos y una breve charla superficial, Ethan la invitó a comer el domingo, seis días antes de la fecha de la boda.

–Hecho –declaró Ethan–. Estará aquí a mediodía. Te sugiero que no aparezcas hasta una hora después.

–Aquí estaré –prometió Raif.

El domingo era uno de esos días perfectos de principios de primavera, soleado y relativamente cálido. A pesar de ello, a Raif le entró frío cuando salió del coche y se acercó a la casa principal de la propiedad, donde Ethan e Isobel estaban con Shanal.

A Shanal no iba a gustarle verle, lo sabía. Sin duda, ella creía que ya no volvería a verle nunca. Pero, de ser ese el caso, Shanal no había contado con el aguante y la determinación de los miembros de la familia Masters para alcanzar sus objetivos.

Rodeó el porche de la casa hasta la parte posterior, donde sabía que estarían, ya que Ethan se lo había dicho en un mensaje que le había enviado al móvil.

Raif oyó la risa de Shanal. Una risa que se interrumpió en el momento en que ella le vio.

–Ethan… –preguntó Shanal mirando al primo de él.

–Necesitaba verte, Shanal. Lo siento.

Isobel miró a uno y a otro.

–¿Pasa algo?

–No, nada –respondió Shanal.

–Vamos a casa y te lo contaré –le dijo Ethan a su esposa al tiempo que se levantaba del asiento.

Tras otra mirada a Raif y a Shanal, Isobel aceptó la mano que su marido le tendía.

Raif esperó a quedarse a solas con Shanal.

–No sé qué esperas conseguir con esto, Raif. Me parecía haberte dejado claro que no puedo verte. No tenemos nada que decirnos.

–¿Que no puedes verme o que no quieres verme? Son dos cosas diferentes –dijo Raif sentándose a la mesa, al lado de ella–. No comprendo por qué tienes que casarte con Burton.

–No es asunto tuyo, Raif. Por favor, déjame en paz.

–Te equivocas en eso, Shanal. Sí que es asunto mío.

Cuando Shanal le miró a los ojos, la expresión atormentada de ella le resultó evidente. El corazón se le encogió.

–Si vas a casarte con alguien deberías casarte conmigo. Te quiero, Shanal. Y, si quieres que sea honesto, diría que tú también me quieres.

Shanal sacudió la cabeza con tristeza.

–No, no me hagas esto, Raif. No es justo.

–¿Que no es justo? Lo que no es justo es que te niegues a reconocer la verdad; sobre todo, cuando la verdad es lo que somos el uno para el otro.

Shanal se incorporó en la silla.

–Te equivocas. Tuvimos una aventura amorosa, una aventura muy breve –dijo ella–. Nada más.

Raif contuvo un suspiro. Shanal parecía dispuesta a luchar hasta el final. Bien, si creía que iba a darse por vencido, se equivocaba. Había esperado mucho tiempo y no estaba dispuesto a seguir haciéndolo. La amaba y la respetaba demasiado.

–Ambos sabemos que eso es mentira, ha sido mucho más que una breve aventura.

Shanal sonrió.

–¿Eso crees? No, Raif, no me conoces tan bien como crees. Estoy harta de sentirme un objeto por el que tú y Burton es peleáis. Sé que no soportas a Burton. ¿Cómo voy a estar segura de que no dices que me quieres por vengarte de él? Por lo que ha llegado a mis oídos, los dos erais muy competitivos y es evidente que seguís siéndolo.

–Se trata de mucho más que eso. Mucho más. Burton no es el hombre indicado para ti.

–Como tampoco lo era para Laurel, ¿verdad? Y, sin embargo, Laurel le prefirió a él.

Raif sintió el golpe de pleno, pero solo sirvió para reafirmar su determinación.

–Y mira lo que le pasó, Shanal.

–Lo que le pasó se debió a un accidente.

–Por falta de precaución. Es más, estoy seguro de que Burton lo hizo intencionadamente.

–En contra de la opinión de los que realizaron la investigación. Burton fue exonerado –insistió ella.

–Burton mintió. Eso es lo que hace siempre, mentir. ¿Es que no te has dado cuenta? Burton está dispuesto a decir cualquier cosa y a pagar a quien sea con tal de conseguir lo que quiere.

¿Por qué Shanal se negaba a comprender? Raif sintió ganas de estrangular a alguien. A pesar de que todo lo que había dicho era la verdad, Shanal continuaba desafiándole.

–Es natural que digas eso –declaró Shanal con una mueca–. Al fin y al cabo, no eres tan diferente de Burton.

–Dime, Shanal, ¿crees que Burton te ama? No, no te ama. Lo que ama es la idea que tiene de ti.

–Creo que ya he oído suficiente. O te vas tú o me voy yo –dijo Shanal apartando su silla de la mesa.

Raif le puso una mano en el brazo para evitar que se levantara.

–Shanal, por favor, piensa bien lo que vas a hacer. Todavía no es demasiado tarde.

Shanal miró la mano de él sobre su brazo; después, alzó los ojos otra vez.

–Ya he tomado una decisión, Raif. Será mejor que la aceptes.

Consciente de que lo que pudiera decir en ese momento era una pérdida de tiempo, Raif la soltó.

–No te levantes, me iré yo. Pero no me doy por vencido, Shanal. Aunque no me creas, te aseguro que te quiero. Lo único que me importa es que seas feliz y, como sé que con Burton jamás podrás serlo, voy a hacer todo lo que esté en mis manos por impedir tu boda.

–Raif, estás perdiendo el tiempo.

–Eso lo decidiré yo –Raif se volvió para marcharse.

No sabía exactamente cuándo había decidido agarrar el coche y dirigirse al centro de la ciudad, pero lo supo cuando aparcó delante del edificio en el que Burton tenía su piso.

–Tenemos que hablar –dijo Raif por el intercomunicador después de pulsar el botón del piso de Burton.

–Sí, claro –respondió la sedosa voz del hombre al que detestaba.

Ya en casa de Burton, Raif apenas podía contener la furia.

–Dime, ¿a qué se debe el placer de esta visita? –le preguntó Burton después de conducirle al cuarto de estar, más un testamento de su capacidad para coleccionar objetos hermosos que un lugar para relajarse.

–Déjala.

–¿Qué? Perdona, no sé a qué te refieres.

Raif estuvo a punto de borrar la burlona sonrisa de Burton de un puñetazo, pero se contuvo.

–Sabes perfectamente que estoy hablando de Shanal. Déjala.

–Está conmigo porque quiere –respondió Burton–. Si quisiera irse contigo no habría abortado esta semana, no se habría negado a tener un hijo contigo.

Las bilis le subieron a la garganta.

–¿Un hijo, mi hijo?

–Sí –respondió Burton–. Yo mismo la llevé a la clínica el miércoles pasado. En fin, ya está todo solucionado y Shanal y yo podemos mirar al futuro con tranquilidad. Formamos una pareja magnífica, ¿no te parece?

Raif hizo un ímprobo esfuerzo para no agarrar a Burton por el cuello y estrangularle. ¿Cómo podía mentir de esa manera? Aunque… ¿era mentira lo que había dicho? Solo una persona podía sacarle de dudas, y esa persona se negaba a hablar con él. Le había dicho que no tenían nada más que hablar. ¿Significaba eso que Shanal había abortado?

¿Por qué no le había dicho que estaba embarazada? ¿Acaso había dudado que él la apoyaría en todo? Se lo había dejado muy claro.

Una profunda furia se apoderó de él, dirigida a Burton por ser el desalmado que era y a Shanal por negarse a reconocerlo.

Apenas podía hablar. Burton Rogers no solo había destruido la vida de Laurel sino también había impedido que él tuviera un hijo.

Raif giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

–¿No vas a tomarte una copa conmigo, viejo amigo? –dijo Burton a sus espaldas.

Pero Raif no le escuchaba. La furia que sentía ahora la dirigía a sí

mismo por haber permitido que se llegara a esa situación, por no haber podido evitar que Burton destruyera su semilla. Pero no iba a volver a fallar, Shanal no se iba a casar con Burton el sábado.

Durante el camino de regreso a su casa, Raif hizo un esfuerzo por controlar la cólera que sentía. Tenía que analizar lo que Burton le había dicho y actuar en consecuencia, pero con medida y racionalmente.

En un sillón delante de la ventana que daba a sus viñedos, repasó los acontecimientos de las últimas semanas y llegó a la conclusión de que Shanal, sobre todo, era una mujer centrada, dedicada y leal.

¿Estaba ahí el problema? ¿Se trataba de una cuestión de lealtad? ¿Respecto a Burton por ser su jefe? No, no había visto ninguna muestra de lealtad en el comportamiento de Shanal cuando Burton apareció durante el viaje por el río y se la llevó.

¿Sería una cuestión de lealtad a su familia? En la catedral, le había sorprendido ver al padre de Shanal en una silla de ruedas. Alguien había susurrado unas palabras sobre su enfermedad. A él le había sorprendido, no sabía nada al respecto.

¿Estaba Shanal desesperada por casarse antes de que muriera su padre? Pero, de ser eso, Shanal sabía que él se habría casado con ella; sobre todo, estando embarazada.

En realidad, no sabía qué pensar, la cabeza le daba vueltas. No obstante, tenía la sensación de que los padres de Shanal eran la clave para comprender la situación. Shanal y sus padres estaban muy unidos, pero… ¿qué motivo podía tener Shanal para sacrificar su vida por ellos? No podía ser una cuestión de dinero, la familia Peat era una familia acomodada. Antes de jubilarse, el padre de Shanal había sido un prestigioso cirujano.

En ese caso, ¿qué podía ser?

Estaba anocheciendo y, por fin, Raif fue a la cocina a prepararse algo para cenar. Después, se fue a la cama. Tumbado, le dio vueltas y más vueltas a las distintas explicaciones que se le fueron ocurriendo.

Lo único que sabía con certeza era que amaba a Shanal y que quería pasar el resto de la vida con ella. Shanal era inteligente y analítica, pero también cariñosa y compasiva. No la veía haciendo lo que Burton había dicho.

Lo que significaba que quizá Shanal no hubiera interrumpido la gestación. Burton podía estar equivocado. Solo una persona podía sacarle de dudas, y la iba a obligar a hacerlo tan pronto como pudiera verla.

Capítulo Diez

Shanal se estaba arreglando para ir a cenar a casa de la familia Masters. Al principio había rechazado la invitación, objetando que era un día laborable y que tenía mucho trabajo, pero Isobel se había negado a aceptar un no como respuesta y le había dejado claro que conocía el verdadero motivo por el que no quería ir: Raif iba a estar allí. Isobel le había asegurado que había aleccionado a Raif y que este no le causaría más problemas.

Le tembló la mano al pensar en Raif mientras se pintaba los ojos y tuvo que parar y respirar hondo. En el fondo, estaba deseando verle, pero cada vez que le veía más le repugnaba la idea de casarse con Burton.

En cualquier caso, seguro que podía mantener las distancias con Raif durante la cena, la familia entera estaría presente. Conocía bien a todos. Además, Raif no podía secuestrarla delante de su familia.

El sábado anterior Raif le había dicho que no iba a renunciar a ella. ¿Qué había querido decir con eso? Si esa era su intención, se le estaba acabando el tiempo, solo faltaban tres días para la boda.

Volvió a sentir náuseas en ese momento y se agarró al lavabo mientras intentaba no vomitar.

Oyó la silla de ruedas de su padre al pasar por el baño.

–¿Estás… bien? –le preguntó su padre desde la puerta.

–Sí, papá, estoy bien. Me estoy preparando para ir a cenar a casa de los Masters.

–Bien. Trabajas… demasiado. Necesitas un… descanso.

Y él, pensó Shanal mientras su padre se iba. Su padre también necesitaba un descanso y olvidarse y perdonarse a sí mismo de los errores del pasado. Sobre todo, necesitaba verse libre del miedo a perder la casa, y en eso ella sí podía ayudar si se casaba con Burton. Y lo iba a hacer.

Con decisión, Shanal acabó de maquillarse y se recogió el pelo en un moño.

Fue la última en llegar a la fiesta familiar. Sonrió y saludó a la tía de Ethan, Cynthia, que solía presidir las reuniones familiares, y besó a Ethan en la mejilla cuando este fue a darle la bienvenida. Los padres de Raif debían seguir en el extranjero, pensó al pasear la mirada por la sala y no verlos.

Pero sí vio a Raif antes de que este pidiera disculpas a Isobel y se acercara a ella.

–¿Quieres hablar con Raif o prefieres que le diga que no se acerque a ti? –le preguntó Ethan en voz baja.

–No, no pasa nada –respondió ella. El corazón comenzó a palpitarle con fuerza.

–Bueno, en cualquier caso, no olvides que, si me necesitas, aquí estoy.

–Gracias –Shanal tragó saliva–. Estoy segura de que no va a pasar nada.

Raif se plantó delante de ella en cuestión de segundos.

–Me alegro de que hayas venido –dijo Raif simplemente.

–No podía permitir que el hecho de que tú estuvieras aquí me impidiera venir.

Shanal era consciente de que su respuesta había sido casi ofensiva, pero debía ser fuerte.

–Como he dicho, me alegro de que hayas venido –dijo Raif con una sonrisa y un brillo desafiante en los ojos–. Tenemos que hablar.

Shanal, exasperada, suspiró.

–Raif, nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos. ¿Es que no puedes aceptar haber perdido? Voy a casarme con Burton el sábado y no hay más que hablar.

–Cielo, podemos tener esta discusión delante de toda mi familia o en privado. Tú dirás qué prefieres.

Algo en la voz de Raif la hizo ponerse tensa.

–Raif, de haber sabido que ibas a adoptar esta actitud no habría venido.

–Repito, tenemos que hablar. Todavía no me has contado lo del embarazo.

Shanal se quedó estupefacta.

–¿El embarazo?

–Sí, si es que tu prometido no me ha mentido.

Shanal miró a Raif con horror. ¿Burton le había contado lo del embarazo? En ese caso, también debía haberle dicho que había abortado, lo que explicaba la ira contenida que le notaba.

Se estremeció. No había querido llegar a ese punto, pero ahora no parecía tener alternativa. ¿Podía decirle que había interrumpido el embarazo? No, no podía, no era justo ni con Raif ni con el hijo que iba a tener. Raif merecía saberlo.

Pero, si Raif se enteraba de que aún estaba embarazada, ¿qué podría llegar a hacer? ¿Le diría a Burton que ella seguía embarazada? ¿Se le escaparía la posibilidad de ayudar a sus padres y evitar que se quedaran en la calle? Tenía que averiguarlo.

–¿Te parece que vayamos a algún sitio donde nadie nos moleste?

–Sígueme –dijo él poniéndole una mano en el codo y llevándosela del salón donde estaban tomando unas copas antes de la cena.

Raif la llevó a la biblioteca. A ella siempre le había encantado aquel cuarto de techos altos, paredes cubiertas con libros y cómodos sillones delante de la enorme chimenea.

–¿Te parece bien aquí? –le preguntó Raif mientras cerraba la pesada puerta de madera.

–Sí, gracias –respondió Shanal al tiempo que se abrazaba, como si así quisiera protegerse de lo que iba a decir.

–¿Es verdad? –preguntó Raif.

–¿El qué?

–No juegues conmigo, Shanal. Sabes perfectamente lo importante que para mí es la familia. ¿Te he dejado embarazada sí o no?

No pudo encontrar las palabras adecuadas y por eso se limitó a asentir.

Al instante, Raif palideció. Un profundo dolor asomó a su expresión.

–¡No, Raif! –gritó Shanal al tiempo que corría hacia él y le ponía las manos en el rostro–. No es lo que crees.

Raif se apartó de ella bruscamente.

–No intentes consolarme, Shanal. Has tomado una decisión que nos afectaba a los dos sin consultarme. De no haber dicho esta noche que lo sabía, jamás me lo habrías contado, ¿verdad? No tenías derecho a hacer eso.

–No lo he hecho. Por favor, tienes que creerme. No he interrumpido el embarazo… aunque eso Burton no lo sabe. Sigo embarazada, Raif.

–¿Qué? Que no has…

–No he podido –Shanal tembló de pies a cabeza–. Burton se va a poner hecho una fiera cuando se entere.

–Burton no tiene nada que ver en esto.

–¡Claro que sí! –gritó ella–. Me voy a casar con él el sábado. Y, desde luego, Burton no quiere que tenga un hijo tuyo. Lo que es comprensible, a ti te pasaría lo mismo si la situación fuera a la inversa.

–Bromeas, ¿verdad? ¿En serio me estás comparando con él? –Raif sacudió la cabeza–. No me conoces en absoluto, Shanal. Si tú fueras a casarte conmigo y fuese Burton quien te hubiera dejado embarazada, querría a ese niño cuando naciera porque, en primer lugar, sería parte de ti. Un niño no elije a sus padres, son los padres los que pueden cambiar la vida de su hijo.

Shanal se avergonzó de sí misma. Había juzgado mal a Raif y le debía una disculpa.

–Perdóname, Raif, no debería haber dicho eso.

–No, no deberías haberlo hecho. Pero eso no tiene nada que ver con la situación, con nosotros. No puedes casarte con él, Shanal, ¿es que no lo entiendes? Vamos a tener un hijo, tú y yo. Eso lo cambia todo.

Shanal sacudió la cabeza. Estaba atrapada. Le había prometido a su padre que se encargaría de él y de su madre. No podía defraudarles. No podía abandonarles.

–Raif, no me queda más remedio que casarme con él.

–¿Que no te queda más remedio?

–Tú no sabes lo que pasa –dijo ella con voz quebrada.

–Pues explícamelo. Dime por qué –le ordenó Raif, con frustración y enfado evidentes en su voz.

Shanal cerró los ojos y se volvió de espaldas a él. A los pocos segundos sintió los brazos de Raif rodearle la cintura.

–Shanal, todo se va a arreglar, ya lo verás. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti, pero tienes que dejar que te ayude. Es necesario que me cuentes por qué Burton tiene tanto poder sobre ti.

¿Por qué Raif había dicho eso?, se preguntó Shanal. ¿Cómo sabía Raif que Burton tenía poder sobre ella?

En ese momento, Raif, sin soltarla, la obligó a volverse de cara a él.

–Burton Rogers siempre consigue lo que quiere aunque ello requiera jugar sucio. Supongo que, en cierto modo, te está chantajeando. ¿Me

equivoco?
Shanal ni siquiera parpadeó.
–Shanal, lo que te dije el otro día es verdad, te quiero –dijo Raif–. Quiero ayudarte, pero tienes que decirme qué pasa para que pueda arreglarlo. Quiero que estemos juntos. Quiero que juntos tengamos un hijo.
Shanal le creyó e incluso se atrevió a soñar que Raif podía tener razón. Pero Burton tenía todos los ases.
–Es imposible –dijo ella con voz queda–. Burton lo controla todo, Raif. Ya sabes cómo es, no comete errores cuando se trata de conseguir lo que quiere. No tengo salida.
–Siempre hay una salida –declaró Raif con determinación–. Vamos, explícame la situación.
Tenía que contárselo. Ya no podía soportar sobrellevar esa carga ella sola. Muy despacio, se remontó al momento, cinco años atrás, en que diagnosticaron la enfermedad de su padre; después, le habló de la negligencia profesional de su padre, que había costado la vida a uno de sus pacientes, y de su consiguiente sentimiento de culpa y vergüenza.
–No quiero dármelas de listo –dijo Raif cuando ella hizo una pausa–, pero ¿es que tu padre no tenía un seguro que cubriera este tipo de accidentes?
–Sí, y el seguro lo cubrió. Pero ¿qué precio se le puede poner a una vida? A partir de ese momento, mi padre es un hombre atormentado. De no haber operado ese día, si mi padre hubiera puesto al corriente de su enfermedad a sus colegas y hubiese reconocido que ya no podía operar, el paciente seguiría vivo. Así que mi padre pensó que, al menos, debía asegurarse de que la familia del difunto tuviera estabilidad económica de por vida. Por eso pidió un préstamo y lo avaló con la casa, pensando devolver el préstamo cuando maduraran unas inversiones que había hecho.
Raif arqueó las cejas, adivinando lo que había pasado.
–Tu padre fue una de las víctimas del fiasco Ponzi, ¿verdad? Ocurrió hace dos años y salió en todos los periódicos, me acuerdo bien. Dime, ¿lo perdió todo?
Shanal asintió.
–Tenía unos ahorros en una cuenta, al margen de las inversiones, y con ellos pudo ir pagando el préstamo durante unos meses y vivir. Yo dejé el piso que tenía alquilado y me fui a vivir con ellos para ayudar a mi madre a cuidar de mi padre.
–Tus padres… ¿no podían vender la casa e irse a otra un poco más pequeña?
–Pensaron en ello, pero ya habían hecho obras en la casa para que mi padre pudiera moverse por ella con la silla de ruedas. Además, ya había perdido demasiado, Raif. Yo les prometí encargarme de la situación y cuidar de ellos. Mi padre cuenta conmigo.
–Es ahí donde entra Burton, ¿verdad? –dijo Raif.
–Sí. Una noche que yo me había quedado a trabajar hasta tarde, Burton me pilló en un momento en el que me encontraba muy baja de moral. Me

eché a llorar delante de él y le conté los problemas que tenía. Burton se ofreció a solucionarlo todo. Me dijo que se encargaría de la hipoteca de la casa de mis padres, que pagaría el préstamo del banco y que les asignaría una mensualidad para que vivieran cómodamente. Eso sí, con una condición.

–Que te casaras con él.

Shanal asintió.

–¿Qué haría si te negaras a casarte con él?

–Se pondría en contacto con los medios de comunicación para revelar la negligencia profesional de mi padre. El caso se resolvió en privado y nunca salió a la luz pública. Raif, mi padre ya tiene bastante con la culpa que siente. Sé que se equivocó y que no debía haber operado ese día, pero ha hecho todo lo que ha podido por compensar a la familia del difunto. También dejó la medicina, que era lo que más le gustaba en el mundo. Su reputación, su buen nombre, es lo único que le queda desde la jubilación.

Shanal lanzó un suspiro antes de añadir:

–Hay algo más. Burton ha dejado muy claro que si no me caso con él perderé el trabajo en Burton Internacional y que, aparte de los dos años en los que no podría trabajar en el campo en el que trabajo debido a una cláusula en mi contrato, se encargará de que ninguna empresa de Australia me contrate.

Shanal se interrumpió unos segundos y, por fin, concluyó:

–Mi padre va a necesitar cuidados especiales durante el tiempo que le quede de vida. Dentro de poco, mi madre no va a poder encargarse de él sola, ni siquiera con mi ayuda –Shanal le miró a los ojos–. Si no puedo mantener a mis padres, Raif, ¿qué voy a hacer?

Raif la abrazó con fuerza. Shanal estaba temblando de emoción, de miedo y de impotencia. Lo comprendía, a él le había pasado lo mismo al oír las crueles palabras de Burton en casa de este. Pero había algo con lo que Burton no contaba, que él estaba dispuesto a cualquier cosa por defender a su familia, fuera lo que fuese. La familia era lo primero e incluía al feto que Shanal llevaba en el vientre y a la propia Shanal.

Aflojó los brazos alrededor de ella y la obligó a alzar el rostro.

–Shanal, dime una cosa: ¿te fías de mí?

Los labios de Shanal temblaron. Las pupilas se le dilataron.

–Sí, me fío de ti.

–En ese caso, créeme, te voy a ayudar, pero me tienes que dejar. Quiero que me des una copia del contrato del préstamo del banco de tu padre. Yo me encargaré de que la deuda que tiene tu padre con Burton desaparezca. Y además me encargaré de que a tus padres no les falte de nada, Shanal. Como tampoco os va a faltar de nada a ti y a nuestro hijo.

–Pero ¿y mi trabajo? –protestó ella–. Burton no lanza amenazas en vano. Sé que conseguirá que yo no encuentre trabajo en ninguna parte.

Cualquier otra persona que la oyera pensaría que Shanal era una egoísta, pero él la conocía. Shanal era, fundamentalmente, un genio. Un genio encantador, tierno y terriblemente inteligente. El trabajo significaba

mucho para ella; sin él, se sentiría como si su vida no tuviera sentido. Era parte de ella.

También sabía que Burton haría lo posible por destruir la carrera profesional de Shanal y, con ello, la destruiría a ella. Por tanto, no tenía más remedio que evitar que aquello ocurriera.

–No te preocupes por eso, no va a ser un problema. Déjalo en mis manos.

–Raif, me estás pidiendo demasiado. Además, ya es miércoles y se supone que me voy a casar el sábado al mediodía.

–No, no voy a tardar tanto en arreglar las cosas.

–¿Cómo vas a conseguirlo?

–Shanal, por favor, confía en mí. Lo único que tú tienes que hacer es seguir como si nada, como si te fueras a casar el sábado. ¿Podrás hacerlo?

–Sí, claro, es lo que he hecho hasta ahora.

Raif la besó en los labios.

–Buena chica. Voy a arreglarlo todo, te lo prometo. A tus padres no les va a pasar nada y tú vas a seguir trabajando.

–Pero ¿cómo…?

–Confía en mí. Todo va a salir bien.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Era Ethan para decirles que ya iban a cenar.

Mientras se dirigían al comedor, Raif se juró a sí mismo que Burton jamás volvería a chantajear a Shanal ni a su familia. Ni a nadie.

Capítulo Once

El jueves, a primera hora de la tarde, Raif se subía por las paredes. Había encargado a una empresa de investigación privada que investigaran a Burton, pero tenían muy poco tiempo.

Shanal había escaneado una copia del préstamo que su padre había firmado con el banco y se la había enviado por correo electrónico. La cantidad era sorprendente, pero podía cubrirla. Ya estaba arreglando con su banco la devolución a Rogers del pago, a través de una empresa ficticia, de la deuda, por lo que pronto ese dinero sería devuelto a dicha empresa. Pero seguía sin conseguir la información con la que pararle los pies a Burton de una vez por todas y así evitar que Shanal perdiera su trabajo.

Reflexionó sobre lo que sabía respecto a Burton Rogers: competitivo en el colegio; sobresaliente en todo, no por placer, sino por sus ansias de ganar.

Burton había seducido a Laurel solo por quedar por encima de él, cuando ella estaba pasando un mal momento. Un mes antes del viaje a la cascada, Laurel y él habían discutido debido a su negativa a hablar del futuro. Y, como consecuencia, habían roto.

Había estado enamorado de Laurel, pero no como lo estaba de Shanal; y quizá, en el fondo, Laurel se había dado cuenta de que lo que él sentía por ella no era tan profundo como lo que ella sentía por él.

En cualquier caso, Raif seguía culpándose de la muerte de ella aquel fatídico día. Porque sabía, sin duda alguna, que si él hubiera estado allí Laurel no habría muerto. A pesar de su fama de arriesgado, nunca había subestimado el peligro y siempre se aseguraba de que el equipo estuviera en perfectas condiciones antes de iniciar cualquier deporte que implicara riesgo.

Al pensar en Laurel Raif se preguntó, una vez más, si no habría algún informe más aparte de los que se habían presentado al médico forense tras el fallecimiento de Laurel. ¿Podía ser que se hubiera ocultado información vital? Aquel día solo había habido dos supervivientes: Burton y el guía.

Raif agarró el teléfono y marcó el número del detective que la empresa le había asignado. Tras una breve conversación en la que le pidió al detective que investigara en profundidad las circunstancias del accidente de Laurel y que hablara con el guía, colgó el teléfono.

¿Podía eso ser la clave del asunto? El guía había jurado haberse cerciorado de que las cuerdas y el mosquetón estaban en perfectas condiciones. No había tenido motivos para mentir… ¿o sí?

El viernes por la tarde Raif recibió una llamada del investigador privado. El investigador le dijo que había localizado al guía y que este había accedido a hablar con él. A continuación, el investigador le dio la

dirección en la que debía encontrarse con el guía.

Raif envió un breve mensaje a Shanal al móvil: «¡Confía en mí!».

Le llevó un tiempo encontrar la dirección que el investigador le había dado; pero, al final, encontró el escondido camino en una carretera de montaña.

Raif aparcó y caminó hasta la casa, cuya puerta se abrió antes de que pudiera llamar. Reconoció al guía al instante, Laurel y él le habían contratado en varias expediciones antes del accidente.

–Noah, me alegro de verte –dijo Raif extendiéndole la mano.

–Yo también me alegro de verte –respondió el otro hombre.

Pero el guía no le miró a los ojos mientras se daban la mano y a Raif le sorprendió el aspecto de Noah. ¿Estaba enfermo? Aunque siempre delgado, ahora estaba esquelético; cinco años más joven que él, parecía tener quince más.

Raif le siguió al interior de la casa y se sentó en el cuarto de estar. Aunque el mobiliario era de calidad, estaba cubierto por una capa de polvo y la estancia en sí se veía descuidada.

–¿Te apetece tomar algo? –preguntó Noah, su piel era grisácea en vez de bronceada.

–No, gracias. Bueno, ya sabes por qué estoy aquí. ¿Te parece que vayamos al grano? No dispongo de mucho tiempo.

Noah suspiró.

–Sí, tiempo. Últimamente me sobra.

–¿Ya no trabajas de guía?

–La verdad es que desde el día del accidente… –Noah sacudió la cabeza.

El guía agarró un paquete de cigarrillos de la mesa, sacó uno, lo encendió y se llenó los pulmones de humo.

Era la primera vez que Raif le veía fumar, Noah siempre le había parecido entregado a la naturaleza y a los elementos.

–Me compró.

Raif se incorporó en el asiento.

–¿Burton?

–Sí, Burton –Noah le dio otra calada al cigarrillo–. Lo siento, amigo… acepté el dinero. Le dije que no contaría lo que había pasado. Yo podía verla ahí, en la poza, y él discutiendo conmigo, incluso me agarró para impedirme que bajara a ver si podía hacer algo por ella. Me dijo que me tiraría por el barranco a mí también. Me tenía sujeto de espaldas al borde del precipicio y no paraba de hablarme de todo el dinero que me daría si mantenía la boca cerrada. Al final dije que sí y me soltó. Cuando me soltó bajé a ver si podía hacer algo por Laurel, pero ya era demasiado tarde. Cuando me di cuenta de que estaba muerta, pensé que ya daba igual si decía algo como si no. Nada podía devolverle la vida.

Raif tuvo sentimientos encontrados. Por una parte, Noah había mentido para salvar su propia vida; y, aunque iba en contra de sus principios, lo comprendía. Dadas las circunstancias, Noah había creído no tener alternativa.

–Has dicho que Burton te impidió que bajaras a ver si Laurel seguía viva. Dime, ¿creías que aún estaba viva en ese momento?

–No lo sabía. Al caer, Laurel se había golpeado la cabeza, pero cabía la posibilidad de que aún estuviera con vida. Y de ser así, si la hubiera sacado de la poza quizá hubiera podido salvarle la vida. Se nos entrena para eso. Pero no, Burton no me dejó.

Raif pensó en lo que Noah le había dicho.

–Dime cómo se cayó. Tú habías examinado el equipo antes del descenso, ¿verdad?

Noah asintió.

–Sí, lo hice. De hecho, Laurel estaba bromeando y se reía de mí por ser tan precavido. Ya sabes cómo era, coqueta y divertida, incluso cuando estaba a punto de bajar un precipicio. Pero a Burton aquello no le hizo gracia, porque la llevó a un aparte y le dio una charla. No pude oír lo que le decía, pero no estaba nada contento. Pero a Laurel sí la oí decirle que se estaba comportando como un niño celoso y que se dejara de tonterías. Y Burton se puso furioso.

Noah suspiró y añadió:

–Laurel ya tenía colocadas sus reuniones, Raif, tres. Burton dijo que iba a examinarlas, al igual que la cuerda, y después Laurel comenzó a bajar.

–Fue la cuerda lo que falló, ¿verdad? Se soltó, según tengo entendido.

–Sí, el nudo se deshizo.

–¿Viste a Burton tocar el nudo o aflojarlo? –preguntó Raif con creciente angustia.

Noah apagó la colilla y encendió otro cigarrillo.

–Sí. En el momento no me di cuenta; si me hubiera dado cuenta, habría hecho algo. Tienes que creerme, Raif.

Pero Raif apenas le oyó. Le costaba creer lo que acababa de oír: Burton, intencionadamente, había provocado el accidente que había causado la muerte de Laurel y había impedido que Noah tratara de salvarla de estar aún viva. Las implicaciones eran enormes.

Raif se frotó los ojos y se recostó en el respaldo del asiento. Siempre había sabido que Burton podía llegar a ser peligroso, pero no hasta ese punto.

–Me dijo que había querido darle una lección, asustarla. No había contado con que la cuerda se soltara del todo.

Raif se tragó la ira y la frustración. Una vida perdida y… ¿por qué motivo? ¿Por el ego de un hombre? No se podía comprender.

–¿Estás dispuesto a contar todo esto, Noah?

El guía asintió.

–Raif, mírame. No me aguanto a mí mismo. Sí, él me dio dinero, que ya me lo he gastado. Desde ese día no consigo dormir ni he podido trabajar. Cada vez que intento guiar un grupo me dan ataques de pánico. No consigo olvidar ese día. Estoy harto. Mentí a la policía y estoy dispuesto a asumir las consecuencias, pero Burton tiene que pagar por lo que hizo. Por Laurel.

–Sí, ya lo creo que lo va a pagar, eso te lo prometo. Y también te prometo que te ayudaré, Noah.

–No, amigo, no hace falta. Tengo que asumir la responsabilidad de lo que hice aquel día, o lo que no hice, quizá así consiga perdonarme a mí

mismo.

Raif, a pesar del rechazo de Noah a la ayuda que le había ofrecido, iba a asegurarse de que al guía le tratara un psicólogo.

–Noah, tú también eres una víctima de Burton.

–Puede que así sea, pero no me costó la vida, como a Laurel. Tienes que pararle los pies a ese tipo, Raif. Es un hombre peligroso.

–Lo haré, te lo aseguro. ¿Estás dispuesto a acompañarme a la comisaría para presentar una declaración?

Noah se puso en pie y asintió.

Fueron directamente a la comisaría más cercana; allí, Noah presentó su declaración.

Noah estaba agotado cuando terminó, pero Raif le notó aliviado, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima.

Se abría una ventana de esperanza para el guía, pensó Raif cuando se estrecharon la mano al despedirse.

Capítulo Doce

–¿Estás segura de lo que vas a hacer, *meri pyaari beti*?

–Sí, estoy segura –respondió Shanal mientras su madre le ayudaba a ponerse el maldito vestido de novia una vez más.

Shanal frunció el ceño al mirarse en el espejo del dormitorio de sus padres. El vestido era un símbolo más de la persona que Burton era: sofisticado en apariencia, pero sin sustancia.

Tenía ganas de vomitar de los nervios, igual que las náuseas de por la mañana. ¿Qué iba a hacer si Raif no se presentaba a tiempo para interrumpir la boda? Raif le había pedido que confiara en él y eso hacía, lo que no le impedía tener miedo.

Hacía poco había descubierto lo realmente desalmado que Burton era. Cuando se prometieron, si alguien le hubiera dicho lo cruel y manipulador que era Burton, no lo habría creído. Pero ahora sí. Le resultaba inconcebible haber estado tan ciega. Aunque, por supuesto, nunca le había atraído como Raif, por quien perdía el sentido. El padre de su hijo.

¡Y pensar que hasta se había sentido culpable al aceptar que Burton solucionara sus problemas!

Su madre la miró a los ojos a través del espejo, en ellos se veía una pregunta.

–Todo saldrá bien, ya lo verás –dijo Shanal–. Todo se va a arreglar.

Sus padres habían decidido no ir a la ceremonia y Shanal estaba de acuerdo con la decisión. Además, no se iba a casar. Al menos, eso esperaba fervientemente.

El coche que iba a ir a recogerla estaba a punto de llegar, por lo que tras una última mirada en el espejo, se dio media vuelta y salió del cuarto de sus padres.

Su padre estaba en el cuarto de estar junto a la ventana en la silla de ruedas.

–Papá, no quiero que te preocupes, todo va a salir bien –Shanal se agachó para besarle–. Como le he dicho a mamá, todo se va a arreglar.

Repitió esas palabras mentalmente durante el trayecto a la catedral, para acallar las dudas. ¿Llegaría Raif a tiempo de rescatarla? Tenía que creerlo, la alternativa era espantosa.

El chófer la ayudó a salir del coche. Shanal subió la escalinata de la entrada y allí se reunió con el sacerdote, que quería hablar con ella unos minutos.

–¿Está todo bien, querida? –le preguntó el sacerdote arrugando sus cejas blancas–. ¿Estás segura de que quieres casarte?

Shanal asintió.

–¿Le parece que empecemos ya? –preguntó ella con una sonrisa forzada.

–Sí, por supuesto. Voy a avisar a Burton para que venga.

–¿A… Burton?

El sacerdote abrió la puerta e hizo un gesto con la mano. Shanal tragó saliva cuando Burton se reunió con ella. Tan pronto como se quedaron solos, Burton la miró de pies a cabeza.

–Estás preciosa –dijo él, como si eso fuera lo único que le importara–. ¿Lista?

Shanal asintió.

–Bien. Somos la pareja perfecta. Estoy deseando bailar contigo en el banquete.

Con un poco de suerte, no habría banquete, pensó Shanal esperanzada.

La música comenzó a sonar y ella y Burton iniciaron el recorrido al altar. Le sorprendió la cantidad de gente que había. Aunque le había dicho a Burton que quería una celebración íntima, él, evidentemente, había ignorado su petición, como de costumbre.

Entre los invitados, buscó con la mirada a Raif. Al no verle, un profundo miedo se apoderó de ella.

¡No iba a llegar a tiempo!

Cuando se detuvieron al pie del altar, el sacerdote les dio la bienvenida antes de comenzar el servicio religioso.

–Estamos aquí reunidos para…

Mientras el sacerdote continuaba con el ritual, Shanal lanzó una mirada hacia la puerta. Raif seguía sin aparecer.

De repente, sintió presión en la mano y, al levantar la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Burton y en ellos vio un brillo de profunda satisfacción. Burton estaba a punto de conseguir lo que quería y ella ya no podía hacer nada por evitarlo.

Le sobrecogió una sensación de impotencia absoluta, tan aterradora como la cruel sonrisa de Burton.

¿Cómo se le había ocurrido acceder a casarse con él? ¿Por qué había permitido que ese hombre llegara a controlarla? Debería haberse dado cuenta de que era como hacer un pacto con el diablo.

–Si alguien es conocedor de algún impedimento en virtud del cual la unión entre Burton y Shanal no pudiera realizarse que hable ahora.

Burton lanzó una furiosa mirada al sacerdote.

–Le dije que omitiera esa parte del servicio.

–Es obligatorio. Pero no te preocupes, Burton, todo…

De repente, las puertas de la catedral se abrieron y un hombre gritó:

–¡Paren la boda! ¡Sí hay impedimentos!

Shanal sintió un alivio indescriptible al ver a Raif dirigirse al altar con decisión.

–Oh, otra vez no –protestó el sacerdote, palideciendo.

–Continúe –ordenó Burton con expresión furiosa.

–No puedo –le respondió el sacerdote en un susurro–, debo dejarle hablar.

El sacerdote miró a Raif. Todo el mundo miró a Raif, incluida Shanal, que jamás en la vida se había alegrado tanto de ver a una persona.

Raif llevaba el cabello revuelto y los ojos azules le brillaban con

intensidad. Iba vestido con un anorak, unos pantalones vaqueros gastados y botas. Y, mirándole a los ojos, ella se dio cuenta de que nunca le había parecido tan guapo.

–Joven, díganos por qué motivo cree que esta boda no se puede celebrar –dijo el sacerdote muy serio.

–Antes de hacerlo tengo que saber una cosa.

–¿Qué?

Raif miró directa e intensamente a Shanal.

–Shanal, ¿me amas?

Se oyó un murmullo colectivo.

–¡No le contestes! –exclamó Burton avanzando hacia Raif.

Shanal se interpuso entre ellos. Después, se volvió de espaldas a Burton y miró a Raif a los ojos.

–Sí, te amo, Raif Masters –declaró Shanal con palabras que le salían de lo más profundo de su ser–. Te quiero con todo mi corazón.

Raif le sonrió y a ella le entraron ganas de besarle con la devoción y la pasión que amenazaban con hacerla estallar.

–Perfecto. Porque, como sabes, yo también te amo.

En ese momento dos policías entraron en la catedral, atrayendo la atención de los allí congregados.

–¡Gracias a dios! –exclamó Burton–. Por favor, vengan y arresten a este hombre. Está interrumpiendo la boda y causando un escándalo.

–Te equivocas, Burton –dijo Raif sonriendo abiertamente.

–Esto es un ultraje. Saquen a este hombre de aquí –dijo Burton en tono imperativo a los dos policías que se habían detenido al lado de Raif.

–No, Burton, no han venido a por mí, sino a por ti. Esta vez no te va a librar nadie.

–No digas tonterías. No sé de qué estás hablando.

Burton cuadró los hombros, un gesto destinado a convencer a todo el mundo de que él era un ciudadano modelo.

Pero a Shanal ya no la engañaba, ella conocía la negrura escondida tras la máscara de sofisticación de Burton, su crueldad, su peligrosidad.

Raif se dirigió al sacerdote:

–Padre, la boda no se puede celebrar porque este hombre es un criminal. Este hombre, intencionadamente, causó la muerte de una mujer hace tres años, compró a un testigo con el fin de que este no revelase la verdad de los hechos y, por lo tanto, entorpeció la investigación policial, impidiendo que se hiciera justicia.

Burton palideció mientras miraba a Raif con odio.

–Mientes –dijo Burton con voz dura y gélida y una mirada cargada de ira–. Te vas a arrepentir de esto, Masters.

–No lo creo –respondió Raif con calma–. Esta vez no te escapas. Noah ha presentado una confesión en la comisaría, no podía seguir ocultando la verdad de lo que pasó.

Los policías avanzaron hasta colocarse a ambos lados de Burton.

–Señor, acompáñenos.

Burton se lanzó hacia Raif, con una expresión salvaje dibujada en su rostro.

–¿Crees que has ganado? Tú no puedes ganar, el ganador soy yo. Todavía me acuerdo de ti soñando con ella en el colegio. Cuando vino a trabajar en mi empresa decidí que sería mía. Poseí a Laurel y ahora poseo a Shanal. ¡Shanal es mía!

Los policías agarraron a Burton por los brazos para sujetarle y evitar una confrontación física.

–Llévenselo –dijo Raif a los policías.

Pero Burton no parecía haber acabado de hablar.

–He esperado mucho tiempo a colocarme por encima de ti. ¿Crees que no me dolía que siempre ganaras en los deportes, en los estudios, que enamoraras a todas las chicas? Hace mucho juré que te vencería y lo conseguí. Shanal es mía.

La mirada de Burton indicaba un cierto grado de locura. Ese hombre era peligroso, pensó Raif, y mucho más inestable de lo que había imaginado. ¿Había hecho todo aquello, había manipulado a todo el mundo, por cosas que ocurrieron durante la etapa escolar? Era todo tan incomprensible y absurdo.

–Shanal es dueña de sí misma –declaró Raif–. Es ella quien decide lo que quiere.

Uno de los policías leyó a Burton sus derechos y después, tirando de él, le sacaron de la catedral. El silencio en la catedral dio paso a un sonoro zumbido.

Raif miró a Shanal y le ofreció la mano.

–¿Nos vamos?

–Sí, por favor.

Salieron de la mano. Raif tenía el coche aparcado en la acera y solo tardaron unos segundos en encontrarse en el interior del vehículo.

Shanal sentía un alivio indescriptible. Por fin se veía libre de Burton.

–Ya estás a salvo –dijo Raif con firmeza–. Te has librado de él y ya puedes hacer lo que quieras. Ya no te volverá a controlar.

–¿Qué va a pasar ahora?

–Presentarán cargos contra él y le someterán a un interrogatorio. Como es fin de semana, tardará un poco en presentarse ante el juez. Su abogado intentará conseguir para él la libertad bajo fianza. Pero la policía me ha asegurado que, dado que Burton tiene mucho dinero y podría escapar del país, van a hacer todo lo posible para que continúe detenido.

Shanal lanzó un suspiro de alivio y después miró a Raif a los ojos.

–¿Qué hay de nosotros? ¿Qué vamos a hacer?

–Eso depende de ti. ¿Quieres que te lleve a casa de tus padres?

Shanal sacudió la cabeza.

–No. Me gustaría llamarles para decirles que estoy bien y que el asunto con Burton ha acabado, pero quiero estar contigo. Quiero ir adonde tú vayas.

Raif, con los ojos oscurecidos, se inclinó sobre ella y la besó.

–Si eso es lo que la señora quiere…

Raif puso en marcha el coche y se alejaron de la catedral. Shanal se estremeció al pensar en lo diferente que habría sido todo si Raif no hubiera llegado a tiempo, si no hubiera conseguido la información que

había puesto fin a los desmanes de Burton.

Miró a Raif y pensó en su futuro. Un futuro con él.

Cuando llegaron a casa de Raif, Shanal se dio cuenta de que estaba donde debía estar. Al entrar en su casa, pensó en lo diferente que era de la última vez que había estado allí.

Raif le señaló su despacho.

–Ve ahí a llamar a tus padres mientras yo sirvo unas copas.

Shanal le dio las gracias, sonrió y entró en el despacho de Raif.

Su madre contestó inmediatamente.

–Mamá, todo se ha arreglado. La policía se ha llevado a Burton.

–¿Qué? ¿La policía?

–Ya os lo explicaré luego.

–¿Qué hay de la hipoteca y del préstamo?

–Raif me dijo que se encargaría de todo. Confía en él, mamá –como ella confiaba en Raif, completamente.

–Menos mal. ¿Cuándo vas a venir a casa?

–Pronto. Ahora estoy en casa de Raif. Este es mi sitio, mamá –declaró Shanal consciente de la verdad de sus palabras.

–Me alegro mucho, hija. ¿Habéis hablado de qué vais a hacer cuando tengáis a vuestro hijo?

–Todavía no, mamá, pero no te preocupes. Ah, y dile a papá que todo se ha arreglado.

Shanal se sentía agotada cuando colgó el teléfono; pero, al mismo tiempo, liberada del peso que había sobrellevado durante meses. Todavía quedaban muchas cosas por solucionar, pero el final estaba cerca y era un final luminoso. Un final feliz.

Raif se quedó sin aliento ante la belleza y gracia de Shanal acercándose a él con ese vestido que acentuaba el negro de su cabello y el moreno de su piel.

Le dio un vaso de agua a ella y alzó su copa de vino en un brindis.

–Por nosotros –dijo Raif.

–Por nosotros –repitió ella.

Raif se la quedó mirando y notó la tensión de ella.

–¿Te pasa algo?

–Bueno… estaba pensando en qué va a pasar con Burton Internacional, con la casa de mis padres, contigo y conmigo.

–En relación a lo primero y a lo segundo, no tienes por qué preocuparte –Raif la llevó hasta el sofá del cuarto de estar, la hizo sentarse y se sentó a su lado. Después, le acarició la mejilla con las yemas de los dedos–. La junta directiva de Burton Internacional continuará dirigiendo la empresa, destituirán a Burton como director ejecutivo y pondrán a otro en su lugar.

–¿Cómo puedes saberlo? –preguntó ella.

Raif sonrió. Había pasado parte de la mañana reunido con unos directivos de la empresa. No le había costado mucho convencerles de que Burton iba a ser detenido, acusado de homicidio involuntario.

–He hablado con alguna gente –respondió él sin dar más detalles, ya

habría tiempo para eso.

–¿Y respecto a mis padres? ¿Qué hay de lo que mis padres debían a Burton?

–También está arreglado, ya he pagado todo.

A Shanal se le llenaron los ojos de lágrimas y Raif le quitó el vaso de agua para dejarlo encima de la mesa de centro. Entonces, se volvió y la rodeó con los brazos.

–No puedo creer que todo haya acabado –susurró ella junto al pecho de Raif.

–Solo es el comienzo –murmuró Raif.

Raif le puso un dedo en la barbilla y, con un beso, le hizo una promesa de futuro.

Ella le respondió al instante. Le cubrió el rostro con las manos y le sujetó como si no quisiera soltarle nunca. Y él no quería que Shanal le soltara, llevaba años esperando a esa mujer e iba a pasar el resto de la vida con ella.

Raif se apartó de ella, se puso en pie y le agarró ambas manos para ayudarla a levantarse. Después, la condujo a su habitación.

–Raif…

–¿Sí?

–Lo que te he dicho en la catedral es verdad, te amo. Y no es porque hayas solucionado todos mis problemas, sino porque contigo me siento completamente feliz. Y lo que más feliz me hace es la idea de un futuro contigo y con nuestro hijo.

Una inmensa alegría se apoderó de Raif.

–Gracias –respondió Raif apoyando la frente en la de ella al tiempo que le ponía los brazos alrededor de la cintura–. Daría la vida por ti y por el hijo que vamos a tener. Puedes pedirme lo que quieras, que intentaré dártelo.

–Lo único que quiero es que me ames.

–Te amo. Y ahora… deja que te lo demuestre.

Raif la desnudó despacio. Mientras le desabrochaba los botones recorrió las líneas del pequeño cuerpo de Shanal con los dedos, con la lengua, con los labios. Shanal tembló, pero no de miedo ni aprensión, sino de pasión y deseo. Y cuando la alzó en sus brazos y la depositó en la cama, tuvo la certeza de que la acariciaría todos los días de su vida sin cansarse de ella.

Shanal le observó mientras se quitaba la ropa, con mucha menos delicadeza que había demostrado con ella. El miembro erecto, liberado, deseoso de introducirse en ella. En el momento en que se tumbó, Shanal, con las manos, le acarició el miembro viril, los testículos…

Se besaron, al principio con ternura y después con una creciente intensidad que le consumió. Acarició toda la boca de Shanal con la lengua, con ardor, profundamente. Shanal alzó el cuerpo, pegándose a su pecho. Él apartó los labios de los de ella para besarle la mandíbula, la garganta y, por fin, agarró un pezón con los labios.

Mordisqueó el pezón y la sintió temblar.

–Te quiero, Shanal. Voy a demostrarte lo mucho que te quiero –le susurró antes de depositar un reguero de besos por el vientre de ella y

seguir descendiendo…

Shanal lanzó un grito de placer cuando él le separó las piernas para acariciarle el sexo con los labios y arqueó las caderas cuando él la lamió. Comenzó a chuparle el clítoris, consciente de que iba a procurarle un orgasmo. Chupó y lamió la perla hasta sentir a Shanal ponerse tensa y temblar espasmódicamente. Por fin, ella, jadeante, se derrumbó en la cama y le acarició el cabello perezosamente.

Raif cambió de posición, su rostro por encima del de Shanal. Al mirarla, se enorgulleció de sí mismo por haber conseguido, finalmente, espantar las sombras que rodeaban a aquella hermosa criatura que ahora era suya, por haberla hecho tan feliz como se merecía.

Se colocó entre las piernas de Shanal y, al introducirse en su cuerpo, lanzó un gruñido de placer.

–Sí –susurró Shanal con las manos en las caderas de él–. Sé mío.

–Siempre –respondió Raif profundizando la penetración.

Shanal era terciopelo líquido y ardiente. Los músculos internos de ella se cerraron sobre su miembro, absorbiéndolo. Nunca una unión con otra persona había sido tan perfecta.

–Te quiero, Raif –gritó ella.

Aquello era lo mejor del mundo, pensó Raif antes de dejarse llevar por el instinto y entregarse a un momento en que solo existía el placer hasta el instante en que juntos alcanzaron el orgasmo en un caleidoscopio de gratificación sexual.

Cuando recuperó lo que se aproximaba al ritmo normal de la respiración, Raif se tumbó de costado, abrazado a Shanal.

–Shanal, quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo para lo que sea… igual que nuestro hijo. Sé que, en estos momentos, de lo último que querrás hablar es de boda. Pero cuando tú quieras… ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Los perfectos labios de Shanal esbozaron una sonrisa.

–Creo que podré soportar volver a ponerme delante de un altar, siempre y cuando sea contigo. Pero te lo advierto, va a ser la última vez que lo haga –bromeó ella acariciándole la nariz con la yema de un dedo–. Me encantaría ser tu esposa, Raif. Sería un honor pasar el resto de la vida contigo y con nuestro hijo.

–No sabes la alegría que me das –respondió él sonriendo también–. Si me hubieras dicho que no, creo que te habría llevado a rastras a una barca y te habría atado a ella para no soltarte nunca.

Shanal negó con la cabeza.

–Eso no debe preocuparte. Soy toda tuya. Y tú eres mío.

Epílogo

Bajo la carpa que se había levantado en el jardín de la familia Masters, con su bebé en los brazos, Raif volvió la cabeza para mirar a su familia. Al fondo, los viñedos; encima de la colina, la mansión familiar.

Se habían reunido allí para celebrar el nacimiento de su primer hijo y también su matrimonio.

–Vamos, dame al niño –le dijo su madre al acercársele–. Le estás mimando demasiado. Este niño necesita una mano firme, la de su abuela.

Raif, riendo, le pasó al niño.

–Mamá, sabes perfectamente que eres la más blanda de toda la familia. Además, ¿no eras tú la que decías que nunca se mima demasiado a un niño?

–Cierto. Pero tengo la sensación de que pronto vas a tener que ocuparte de otros asuntos. ¿No estás a punto de casarte?

–Sí. Y lo estoy deseando.

–Y que lo digas, después de todo lo que habéis esperado. Es una pena que el padre de Shanal no haya vivido para verla felizmente casada.

–Es verdad, pero al menos tuvo la suerte de morir en paz. La vio feliz y eso es lo importante, ¿no? Y sabía que íbamos a ponerle su nombre a nuestro hijo, Curtis.

Marianne Masters le dio a su hijo una cariñosa palmada en la mejilla.

–Eres un buen chico, Raif. Estoy muy orgullosa de ti.

–Te quiero, mamá.

Ethan se acercó en ese momento, llevaba una flor en el ojal del traje.

–Vamos, creo que la novia ya está lista.

–En ese caso, ¿a qué esperamos? –contestó Raif radiante.

Ethan y él caminaron hacia el altar construido bajo la carpa. Hasta el momento, seguía haciendo buen tiempo aquel mes de junio.

–¿Se sabe algo de Burton Rogers? –le preguntó Ethan–. Todavía no se ha celebrado el juicio, ¿verdad?

–Tengo entendido que sus abogados están retrasándolo, están tratando de que le declaren enfermo mental y así evitar que vaya a juicio. En cualquier caso, va a pasar un largo tiempo entre rejas, así que no podrá volver a hacer daño a nadie, estate tranquilo.

–Bien –contestó Ethan.

Después de reunirse con Cade, el hermano de Raif, este volvió la cabeza mientras esperaba a que empezara a sonar la música anunciando la llegada de la novia. Durante aquella breve espera, recorrió con la mirada los rostros de aquellas personas queridas.

Sus padres, felices y orgullosos de él, estaban sentados en el primer banco. El viaje a Francia les había abierto el apetito de seguir viajando y

tenían planeado otro en otoño a la Toscana. Lo que no sabía era si su padre conseguiría que Marianne pasara más de un mes sin ver al pequeño Curtis.

Sus primos Judd Wilson y Nicole Jackson iban acompañados de sus respectivos cónyuges, Anna y Nate; el ligeramente abultado vientre de Anna anunciaba su embarazo. La hermana de Ethan, Tamsyn, y su marido, Finn Gallagher, estaban allí con su hija de cinco meses. También estaba Alexi, hermanastra de Tamsyn, que junto con su marido, Raoul, trataba de controlar a sus mellizos; los pequeños, aunque adorables, no permitían que sus padres pudieran descansar ni un minuto. La hermanastra de los mellizos, Ruby, a punto de cumplir los tres años, era la dama de honor de Shanal y, al parecer, le había encantado la idea de ir vestida con un sari.

La música comenzó a sonar y Raif vio aparecer a Shanal en compañía de su madre y de Ruby. Era un sueño envuelto en rojo y dorado. Mientras la veía acercarse, pensó que jamás la había visto tan hermosa.

Al llegar a su lado, Shanal le sonrió antes de que ambos se volvieran a la persona que dirigía la ceremonia, que sonrió a su vez antes de comenzar con voz rotunda.

–Estamos aquí reunidos para celebrar…

–Hoy nada de salir corriendo, ¿eh? –le susurró Raif a Shanal.

–No, nunca más –respondió Shanal–. Lo único que necesito y quiero en el mundo lo tengo aquí, contigo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com